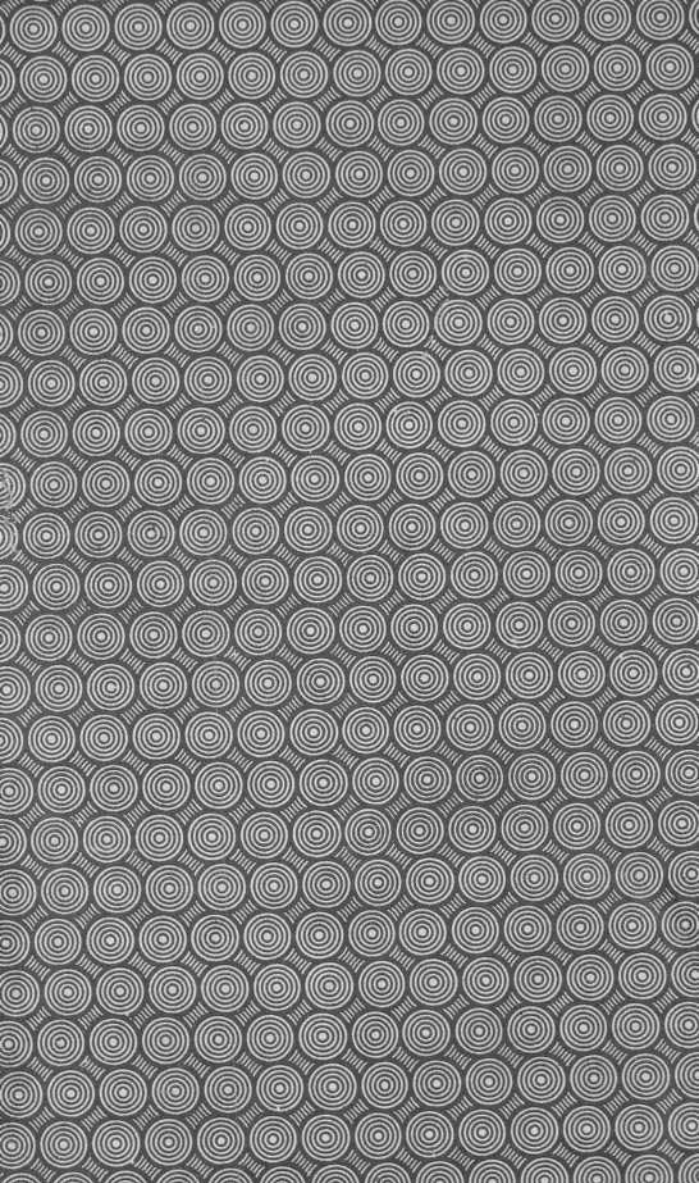
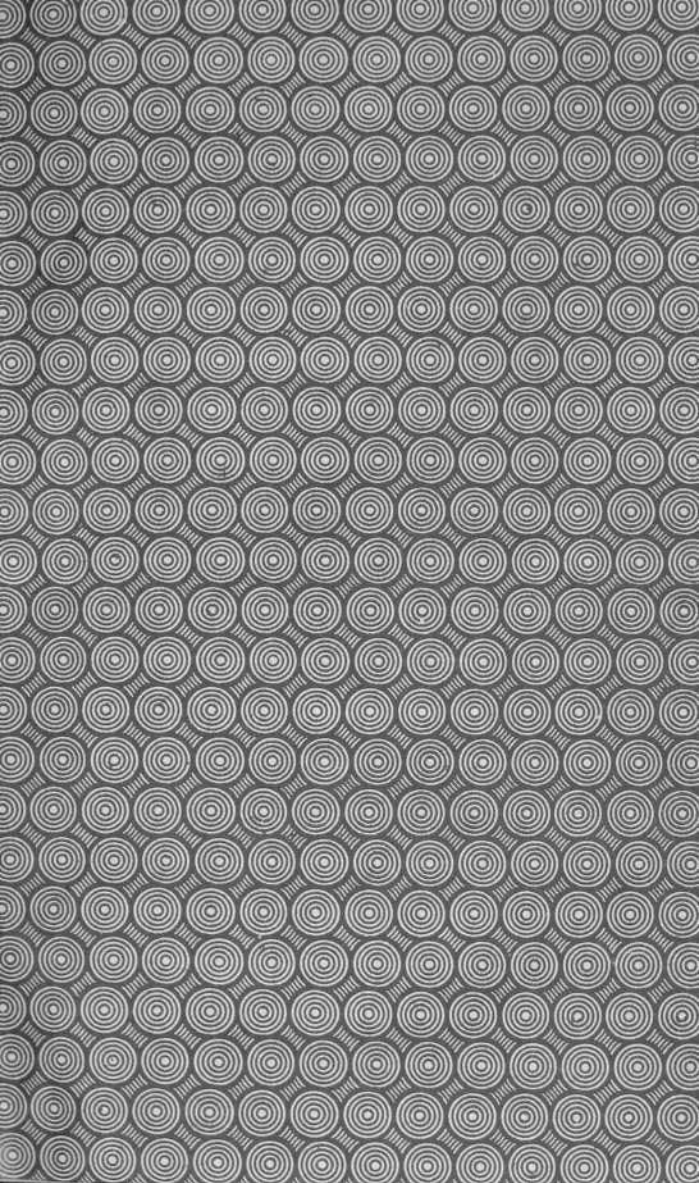


LIBRO
E
PICO

10





350k
cat 67

DG
A

C. 1174546

Tit. 139896

FRAY GERUNDIO.

VIAGE

AEROSTATICO.



SE VENDE

EN EL GABINETE LITERARIO,
c. del Príncipe, n. 25.

RAY GIBBON

1844

WILLIAM GIBBON



WILLIAM GIBBON
PRINTED BY
WILLIAM GIBBON

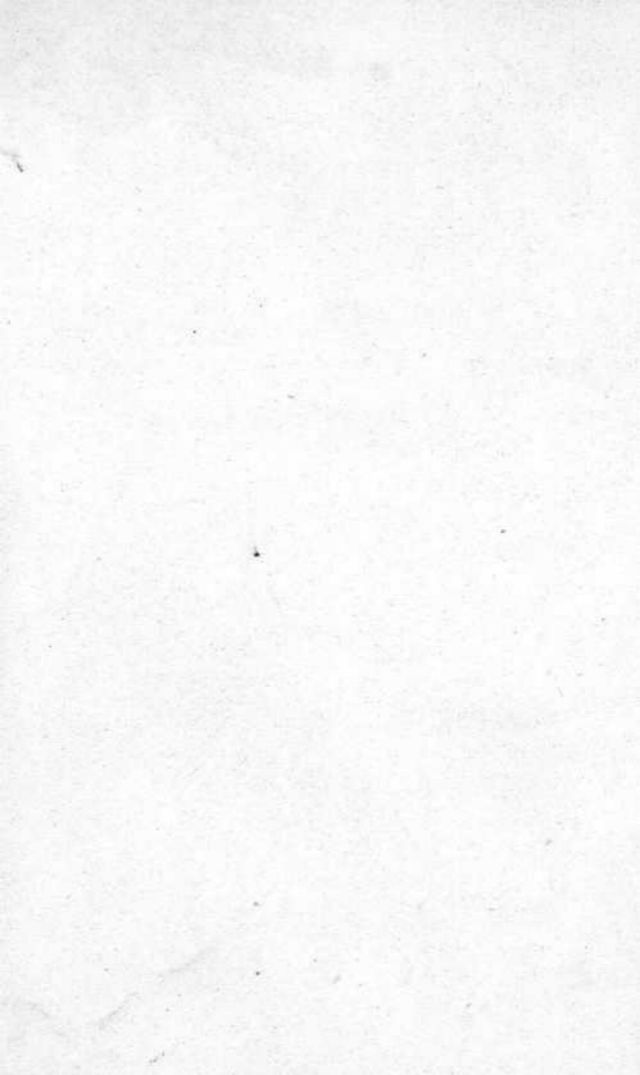
STATE ARRESTED

THE ARRESTED STATE

CHAPTER I

CHAPTER II

CHAPTER III



VIAGE AEROSTATICO

DE

FR. GERUNDIO Y TIRABEQUE.

CAPRICHIO GERUNDIANO:

En que se dá cuenta de la expedicion aérea que verificaron Fr. Gerundio y su lego en el globo de Mr. Arban y en su compañía, la tarde del 13 de noviembre de 1847.



SE VENDE

EN EL GABINETE LITERARIO

calle del Príncipe, núm. 25.

VIAGE AEROSTATICO

DE

DR. BERNARDO Y VARRONIA

CATIGNO GERMERIANO

En que se da cuenta de la expedición que por el presente se ha emprendido en el globo de Mr. Arden y en su compañía, el día del 22 de noviembre de 1847.



COMANDO EN JEFE
DE LA FUERZA ARMADA
DE LA ISLA Y LEON
DE LA CIUDAD DE LA HABANA
1847

R. 10560

Es de suponer que ocupada la atención de los habitantes de la capital con la solemne ceremonia de la apertura de las Cortes, fueran muy pocos, si algunos hubo, los que observáran la elevación del globo aerostático de Mr. Arban en la tarde del 15 del corriente, y mucho menos podía nadie saber ni aun sospechar, que navegasen en él Fr. Gerundio y su lego Tirabeque. Precisamente, y para eso mismo habia sido condición precisa y esplicitamente pactada entre Mr. Arban y Fr. Gerundio el que la ascension hubiera de verificarse sin anuncio público y en un campo bien apartado de la poblacion, á fin de que nadie, si era posible, tuviese noticia de esta expedicion aereo-gerundiana. Las razones y motivos de esta reserva se espresan en la obra.

Aun despues de realizado felizmente nuestro viage aerostático, ó llamémosle esta humorada de Fr. Gerundio, no hubiera mi paternidad dado cuenta de él al público, si á ello no me moviera, 1.º la consideracion de ser tan pocos los aeronautas que nos informan de las impresiones que se sienten en las altas regiones atmosféricas, del modo como se ven las cosas de la tierra desde aquellas alturas, y de cómo se presentan á diferentes distancias los objetos de acá abajo, que he creido se recibirán con curiosidad y con gusto las noticias auténticas de un aeronauta que se propone referir con sencillez y verdad lo que ha visto y sentido: 2.º que fueron tantas y tan curiosas y dignas de ser contadas las cosas que vimos aquella tarde desde el globo, así dentro como fuera de España, que no he tenido inconveniente, yo Fr. Gerundio, en dar un breve descanso y hacer como un paréntesis á las graves tareas de la Historia general de España que hace tiempo me ocupan, para dar cuenta de este viage aéreo á los que quieran entretener un rato en leerle.

La circunstancia misma de no haber verificado Mr. Arban su segunda ascension anunciada por carteles, y en que habian de subir varios aficionados, me ha movido tambien á hacer esta obrita, puesto que no habiéndolo realizado estos, no quedaba ya sino Fr. Gerundio que pudiera escribir estas impresiones de viage.

NOTA. Un incidente que no se podia prev eer ni evitar, ha entorpecido ocho dias la publicacion de este folleto, que estaba ya para publicarse el dia 20.



La circunstancia misma de no haber verificado
de Mr. Ardan en segunda ascension, anunciada
por carteles, y en que habian de subir varios
aficionados, me ha movido tambien á hacer esta
obra, puesto que no habiéndolo realizado estos,
no quedaba ya sino Fr. Gerónimo que pudiera
escribir estas impresiones de viaje.

Nota. Un incidente que no se podia prever
ni evitar, ha entorpecido ocho dias la publica-
cion de este folleto, que estaba ya para publi-
carse el dia 20.



fuera de España, que yo Fr. Gerónimo, en dar un breve repaso y
de la historia general de España, desde el tiempo
de su origen, para dar cuenta de los sucesos que
se han sucedido en ella, y en particular de los que
se han sucedido en el presente siglo.

PARTE PRIMERA.



CAPITULO PRIMERO.

RESEÑA HISTÓRICA DE LAS ASCENSIONES ATMOSFÉRICAS Y DE LOS GLOBOS AEROSTÁTICOS.

El pensamiento de inventar un artificio con cuyo auxilio pudiera el hombre remontarse y sostenerse en el aire, atravesar rápidamente el espacio sin los embarazos que encuentra en el suelo, y dominar en fin aquel elemento como domina la tierra y los mares, ha preocupado desde muy antiguo el espíritu humano, naturalmente orgulloso y avaro de dominación. La idea sobre todo y el deseo de elevarse á las regiones atmosféricas le ha atormentado como si sintiese rebajada su dignidad de verse tan apegado á la tierra.

A este efecto no ha cesado de discurrir los medios que podría emplear para conseguirlo. El ejemplo de las aves era el que naturalmente había de despertar la primera idea de la posibilidad de un aparato semejante para surcar los aires. Es tan natural este deseo en el hombre que acaso no ha habido nadie que no haya envidiado muchas veces el vuelo de las aves, que no haya soñado alguna vez que volaba. Hubo, pues, hombres que pensaron seriamente en este medio de ejecución supliendo á la naturaleza el artificio. Si la célebre tentativa de Icaro fué solo una ficción mitológica, ó una fábula alegórica, prueba al menos que bullia en el pensamiento de los hombres como una idea alhagüeña la de volar con alas artificiales, si bien el trágico desengaño que inventaron como remate de la temeridad, demuestra también que miraban el proyecto como de imposible ejecución.

No bastó sin embargo á acobardar á otros hombres el mal éxito de la primera tentativa, ó real ó fabulosa, y el pensamiento de las alas artificiales no se apartó de su imaginación, y lo que es más, todavía no han renunciado á él, porque todavía la mecánica no cree haber agotado sus recursos, aun sin salir de esa forma. En tiempos

que podemos llamar modernos se han hecho diferentes ensayos con éxito mas ó menos desafortunado ó feliz.

En 1460 un matemático de Perusa llamado Juan Bautista Dante se elevó por medio de unas alas desde una torre á la altura de 300 pies, y dicen que atravesó varias veces al vuelo el lago de Trasimeno. Pero habiendo querido dar otro dia este espectáculo á los habitantes de la ciudad, cuando se hallaba á bastante altura sobre la plaza, se le rompió el resorte de una de sus alas, y cayendo sobre la iglesia de Nuestra Señora se fracturó un muslo. No nos ha quedado noticia del aparato de este artista.

Bolori, relojero italiano, en el siglo XVI, se hizo tambien construir unas alas artificiales, con las cuales se arrojó de lo alto de una torre, y despues de haberse cernido en el aire algun tiempo, atravesó tres veces los brazos del Sena. No nos dicen si fué siempre igualmente afortunado.

En el siglo XVII un tal Beinier se elevó á mas de 100 pies sin desgracia alguna.

Dos ingleses, Cook, y Olivier, consiguieron en 1660 remontarse á bastante altura y sostenerse algun tiempo en el aire con el auxilio

de unas alas que llevaban en brazos y piernas. Desforges, de Estampes, en 1772, construyó primero una góndola, despues un aparato con alas, figurando las de los insectos, pero una y otra tentativa le salieron desgraciadas.

Un año despues Baqueville se arrojó tambien armado de alas desde una ventana de su casa en París, y habiéndose remontado sobre el Sena cayó como otro lecaro, rompiéndose lastimosamente una pierna contra un barco que tropezó en su descenso.

En 1797 Calais subió sobre una columna colocada en medio del jardin Marferf, y se lanzó al aire guarnecidos los hombros con dos alas que movia con los brazos y piés, llevando ademas una cola abierta en forma de abanico; el resultado de su empresa fué estropearse tambien en la caída.

Mas afortunado Degen, rolojero de Viena, despues de algunos ensayos felices, se elevó en 1812 en los jardines de Tivoli en París á 480 pies sobre los mas altos edificios de la capital, y fué á caer sin contratiempo á Chatenay á tres leguas de la ciudad. En su aparato entraba ya un pequeño globo aereostático.

De la famosa máquina inventada por Henson

en 1843 hablaremos luego mas detenidamente.

— En estos ensayos se ve el genio del hombre pugnando incesantemente por vencer las dificultades de la naturaleza, y no queriendo renunciar nunca á su deseo y afan de dominacion. El sistema de las alas sin embargo le habia dado muchos escarmientos y escasísimos resultados. El problema de dominar los aires estaba muy lejos de resolverse, y el hombre, incansable en sus tentativas, discurria eutretanto otro sistema, otro aparato, otro mecanismo que sustituir al ineficaz de las alas. No pudiendo el hombre convertirse en ave, tentó hacerse navegante, y le vino la idea de los globos.

— El inglés Bacon á principios del siglo XVII. fué el primero que concibió el proyecto de los globos aereostáticos, proponiendo hacerlos de cobre muy delgados y vacíos de aire.

— En 1670 el sabio jesuita Francisco Lana dió un paso mas en el proyecto de la navegacion aérea, construyendo una navecilla con su vela y cuatro globos vacíos de aire, tal como se representa en la adjunta lámina. Pero la idea de servirse de una vela para dirigir aquel aparato como se dirige un navío en el mar, se vió que era ilusoria, porque la barquilla aereostática y los

cuatro globos de la vela sumergidos enteramente en el aire tenian que seguir siempre la direccion de la corriente atmosférica, cualquiera que fuese. La dificultad de sostenerse en el aire estaria vencida, pero la esposicion era grande y el riesgo de una catástrofe no podia ser mas inminente.

A principios del siglo XVIII otro jesuita, el P. Gusmao, portugués, se elevó en Lisboa á presencia del rey Juan V, en un globo de su construccion, hasta la cornisa de la torre del real palacio, en que tropezó á causa de haber tomado una direccion oblicua por descuido de los que tenian las cuerdas. No obstante el aeronauta bajó sin lesion alguna. Prometió despues que subiria sin el auxilio de las cuerdas, y que aun haria volar á los que no quisieran creerlo, lo cual le valió que le tratáran unos de hechicero, otros de impostor, y por último la inquisicion le hizo arrestar y le condenó á un ayuno rigoroso. Así que se vió libre no quiso permanecer mas en Portugal, y se vino á España, donde murió á poco tiempo de pesadumbre.

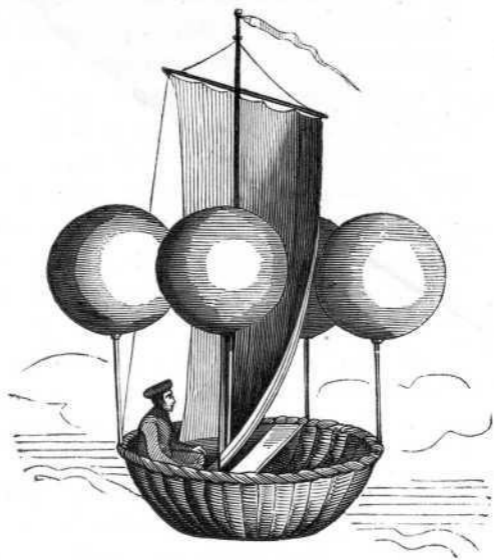
En 1755 Galien de Avignon recomendaba ya el uso de un globo de tafetan henchido de aire mas ligero que el de la atmósfera.

...

...

...

...



Aparato del jesuita Lana.

68 Habiendo descubierto el inglés Cavendish en 1766 la gran ligereza específica del aire inflamable, el doctor Black de Edimburgo discurrió que una vejiga llena de este gas se elevaría á los aires, y Cavallo hizo con arreglo á este descubrimiento en 1782 varios experimentos.

— Llegamos á la época en que el esfuerzo humano logró dar el paso mas avanzado hácia el descubrimiento que tanto habia atormentado el genio y la ambicion del hombre. Dos hermanos, ESTEBAN Y JOSÉ MONTGOLFIER, fabricantes de papel en Annonai (Francia), pueden decirse los verdaderos inventores de los globos aerostáticos, y de esta gloria hacen no poco envanecimiento los franceses.

— Calcularon estos dos insignes genios que sería posible elevar á grande altura una masa de gran peso llenando su interior de un fluido mas ligero que el aire atmosférico. Por de pronto no hallaron otro fluido con estas condiciones que el mismo aire atmosférico dilatado por medio del calor. Haciendo aplicacion de este principio, construyeron un globo de tela forrado de papel, de 35 pies de diámetro, llevando un brasero encendido para enrarecer en el interior del globo el aire atmosférico, y se resolvieron á hacer el

primer experimento público en junio de 1783 en Annonai, á presencia de los diputados de los estados particulares del país, y de una muchedumbre de espectadores. Subió en él Esteban Montgolfier, llevando consigo un carnero vivo. Elevóse el globo á muchos centenares de toesas, y al cabo de algun tiempo descendió á tres cuartos de legua del punto de partida, sin que ni el aeronauta ni el carnero hubiesen experimentado el menor mal ni la menor avería.

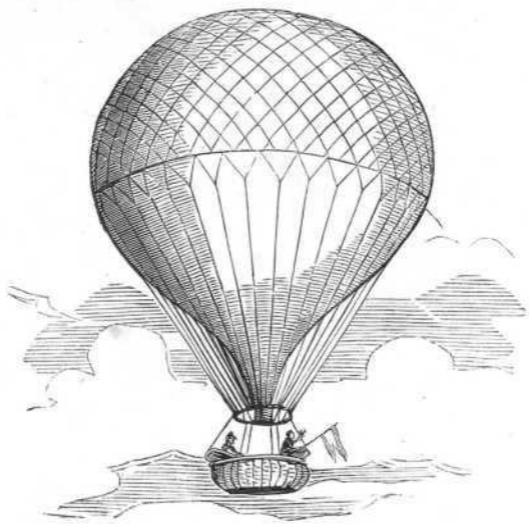
Alentado el intrépido y entendido Montgolfier con el feliz resultado de la primera empresa, fué á París con objeto de lucir su invencion á la vista de los hombres mas sabios, de quienes esperaba le ayudarian tambien á estender y perfeccionar sus ensayos. Dos amigos de las ciencias quisieron participar de su gloria y de sus peligros, y se asociaron al atrevido aeronauta en la ascension que dispuso en setiembre del mismo año desde los jardines de la Muette. Eran éstos el marqués de Arlande, y Pilastre du Rozier. Los tres viajeros atravesaron con felicidad el Sena, y fueron á descender apaciblemente del otro lado de París sobre el camino de Fontenbleau. El rey quiso que se repitiesen estas esperiencias en el palacio de Versalles para te-

ner el gusto de presenciarlas, y el éxito volvió á dar nueva gloria al afortunado Montgolfier. El rey honró con el cordon de San Miguel á Esteban, y señaló mil francos de pension á José, su hermano mayor, y compañero de sus glorias y trabajos. Se les habian ofrecido otras recompensas, pero sobrevino la revolucion, y ni aquellas tuvieron lugar, ni ellos le tuvieron tampoco para llevar adelante el pensamiento en que trabajaban de aplicar á sus globos el vapor, que tantos milagros ha hecho despues.

La invencion sin embargo no era todavía ni era fácil que fuese perfecta. El fuego rarificador era un elemento que esponía á muchos riesgos. En unas de las ascensiones habia maltratado el globo abriéndole numerosos agujeros, y quemando algunas de las cuerdas, lo que puso á los viajeros en mas de un peligro. Pero el descubrimiento de los Montgolfier produjo el saludable efecto del estímulo, y notardó Charles, aventajado profesor de física, en llenar de gas inflamable un globo de doce pies de diámetro embetunado de un barniz resinoso, que en dos minutos se elevó á una altura de 480 toesas, se perdió entre las nubes, y á los tres cuartos de hora, fué á caer á Gonesse, cinco leguas de París. La esperiencia

del gas inflamable ó hidrógeno, animó á Charles á emprender una ascension en compañía de Robert. Su globo tenia 26 pies de diámetro, era redondo, y hecho de tafetan barnizado de goma elástica. A la parte superior del globo puso una válvula que se podia abrir desde la barquilla por medio de una cuerda, para dar salida al hidrógeno cuando se quisiera descender.

El 4.º de diciembre del mismo año citado, se verificó la ascension en medio de los jardines de Tullerias. El globo se elevó rápidamente á una altura de 300 toesas, y bien pronto se le perdió de vista. Los aeronautas observaron atentamente el barómetro, que nunca marcó menos de 26 grados, fueron poco á poco arrojando todo el lastre de la barquilla, y descendieron felizmente en Nesle. Apenas Robert habia saltado á tierra cuando aligerado de repente el globo de mas de cinco arrobas de peso, se elevó por sí mismo de un salto á una altura de 500 toesas. Charles que habia quedado dentro hubiera infaliblemente perecido si no hubiera conservado bastante serenidad para abrir la válvula, introducir aire, y restablecer así el equilibrio con el gas. Al cabo de media hora cayó el globo en un



Globo Montgolfier.

campo á media legua del punto de la segunda ascension.

Formáronse entonces con este motivo dos partidos, ó digamos escuelas de aeronautas, unos por el sistema del aire enrarecido al fuego de Montgolfier, otros por el método del hidrógeno de Charles. Entre los imitadores que tuvieron pronto estos navegadores de los aires, fué uno de los mas célebres Juan Pedro Blanchard, natural de Normandía. Este hombre singular no era ni químico ni mecánico, era un hombre iliterato y rudo, que casi no sabia escribir. Y sin embargo hizo en este género lo que no habia hecho nadie, y aun le debió la ciencia uno de los descubrimientos mas útiles é importantes, el de los paracaídas. De entre las muchas ascensiones que hizo citaremos solo las mas notables. Tal fué la que verificó en 1783, elevándose en Douvres (Inglaterra), en compañía del doctor inglés Jefferies, atravesando en tres horas el canal de la Mancha, y descendiendo á una legua de Calais (Francia), despues de haber corrido no pocos riesgos. Este viage le valió el apodo de *don Quijote de la Mancha*. Pero lo cierto es que á este nuevo Quijote de otra Mancha le erigió la ciudad de Calais una estatua de mármol en el lugar en que habia des-

cendido, y además le hizo una gratificación de 12,000 francos, y el rey le señaló una pensión de 1,200. En su décima quinta ascension, que verificó en Francfort, mereció que el embajador de Rusia le presentara al pueblo en su balcon entre dos hachas de cera encendidas: su carruage fué arrastrado por hombres hasta el teatro, donde le iban llevando de palco en palco: allí le regalaron cajas de oro, relojes, bolsillos y medallas, y por último su busto fué coronado sobre un trono.

Cuéntanse mas de sesenta ascensiones que hizo Blanchard, en Francia, en Inglaterra, en Holanda, en Alemania, en Bélgica, y hasta en los Estados-Unidos de América, en alguna de las cuales llegó á llevar hasta diez y seis compañeros de viage. En 1793 fué arrestado en el Tirol y encerrado en una fortaleza, como sospechoso de haber propagado los principios de la revolucion: pero recobró pronto su libertad. Por último habiendo hecho su última ascension en la Haya en 1808, acometido de una apoplexía cayó malparado desde una altura de 60 pies, y á pesar de los auxilios que le hizo suministrar el rey de Holanda, que era entonces Luis Bonaparte, murió en París de sus resultas en 1809.

Blanchard habia inventado, como hemos dicho, un para-caidas, y habiendo sabido cuando se hallaba en América que Garnerin se apropiaba este descubrimiento, regresó de allí en 1798, y sostuvo en los periódicos una polémica contra su rival; y para dar una prueba de la confianza que tenia en este utensilio auxiliar, hizo un descenso en para-caidas en 1799 en Tivoli.

La feliz travesía ejecutada por Blanchard y Jefferies de un lado á otro del canal de la Mancha alentó á Pilastre du Rozier y Romain á tentar la misma expedicion en sentido inverso, esto es, de Francia á Inglaterra. Estos dos atrevidos aventureros imaginaron dos globos sobrepuestos uno á otro; el superior lo llenaron desde luego de gas, el inferior le iban llenando á medida que subia, por el medio del carbon encendido. Rozier esperaba poder dirigir así mejor su globo y hacerle subir y bajar á su voluntad. El ensayo les costó la vida á los dos aeronautas. El carbon que en la region inferior ardia lentamente, á medida que el globo se elevaba iba entrando en una combustion activa, y por último se incendió el globo dando con los dos aeronautas en tierra.

La viuda de Blanchard, María Magdalena So-

fia Armant, que habia aprendido de su marido el arte de navegar por los aires, llegó á hacer muchas mas ascensiones que él, habiéndose familiarizado tanto con el globo que ya hasta se echaba á dormir en la barquilla, desafiando así los peligros y azares de los elementos. Su fin, sin embargo, fué desastroso. En 6 de julio de 1819, haciendo su 67.^a ascencion en el antiguo Tivoli de París en una barquilla brillantemente iluminada y empavesada, se le inflamó el globo y cayó muerta sobre el tejado de una casa. Ya en 1812, ascendiendo en Turin, le habia sobrevenido una hemorragia, y bajó con una capa de hielo en el rostro y las manos. Y en Nantes en 1817 hubiera caido en un lago si el globo felizmente no se le hubiera enredado en un árbol. La intrepidez de esta muger se hizo proverbial en su tiempo.

Fecundos fueron en empresas aerostáticas los últimos años del siglo XVIII, y los primeros del XIX con éxito siempre vario: tales como las de Guyton-Morveau y Bertrand en Dijon, de Monney en Alemania, de Testú en París, y varias otras, en alguna de las cuales el aeronauta despues del ambiente puro de los aires de la atmósfera superior, bajó sin querer á probar las

aguas salobres del mar. Pero todas estas navegaciones aéreas no habían servido para otra cosa, que para hacer los hombres alarde de su arrojo, y para ofrecer agradables y sorprendentes espectáculos á la muchedumbre, sin resultado alguno de positiva utilidad para las ciencias ni para las relaciones sociales de los hombres, si se exceptúa el descubrimiento de las ventajas del hidrógeno sobre el aire enrarecido por el calor, y la invención del para-caídas para evitar algunas catástrofes. Mientras no se descubriese el medio de dar dirección al globo, escasos ó ningunos eran los servicios que de la aeronación podía reportar la humanidad, y sí grande el peligro de que la vanidad hiciera muchas víctimas.

La Francia de la revolución trató no obstante de utilizar los globos en provecho de la república, haciéndolos servir para reconocer los movimientos de los ejércitos enemigos.

El célebre Monge fué el que concibió esta idea, que examinó y aprobó una comisión en que se hallaban Bertholet, Fourcroy, Guyton-Morveau y la mayor parte de los sábios de la época. En vista de su dictamen el Comité de salud pública acordó se llevara á ejecución, y se formó una compañía de aeronautas militares des-

tinados á hacer globos y á dirigir sus maniobras, poniéndoles solo la condicion de no servirse del ácido sulfúrico, porque la carestía del azufre, destinado á la fabricacion de la pólvora, no permitía entonces emplearle en otros usos. El primer ensayo de esta estraña máquina de guerra se hizo en 1794 en el sitio defensivo de Maubeuge. Los austriacos que sitiaban la plaza, contrariados por el espionage que egercia sobre sus trabajos el capitan Coutelle que montaba la barquilla del globo, avanzaron durante la noche una pieza de á diez y siete, la apoyaron en el fondo de una rambla, y dirígieron muchos disparos á la máquina volante, pero ninguno la acertó. En el mismo año se hizo uso del globo para el sitio ofensivo de Charleroi, y pocos dias despues, hizo un gran servicio en la batalla de Fleurus, donde el capitan Coutelle estuvo nueve horas en el aire explorando los movimientos del enemigo, y contribuyó al éxito de la jornada.

Aun hizo mas este gefe de los aeronautas militares en el sitio de Mayence. Colocado en su globo á la altura de 300 metros de la plaza, descubrió todas las disposiciones de los sitiados, sus reservas, sus baterías cubiertas y sus puntos de resistencia. A vista de cuyos servicios el Comi-

té de salud pública creó el 14 de brumario del año IV una segunda compañía de aeronautas destinada á seguir las operaciones del ejército del Rhin, mientras la antigua permanecía agregada al de Sambre-et-Meuse: esta misma hizo despues parte de la expedicion de Egipto. Pero este método de exploracion fué por último abolido en vista de las grandes dificultades y riesgos que ofrecia, y de la inmensa cantidad de útiles, operarios, equipages y medios de reparacion que arrastraba consigo la máquina; lo que unido á otros inconvenientes que se habian experimentado, obligó á dejar de contarla entre los instrumentos de guerra del ejército francés.

Un famoso aeronauta de aquel tiempo, Mr. Garnerin, natural de París, que desde 1790 habia hecho varias ascensiones, habia ya propuesto tambien al Comité de salud pública la aplicacion de los globos llamados cautivos á la observacion de las operaciones militares, previos ciertos ensayos y maniobras en los jardines del Luxemburgo, de cuya idea nació mas tarde la *Escuela aeronáutica de Meudon*. Este Garnerin obtuvo del comité la arriesgada comision de inspeccionar el cuerpo de ejército del general Ransonnet, y de dar cuenta al tribunal del espíritu

del ejército y del de los habitantes de las fronteras del Norte. Garnerin se presentó en el campo de Marchiennes, donde tuvo la desgracia de caer prisionero de los ingleses, los cuales le entregaron á los austriacos, y estos le enviaron á una fortaleza de Hungría, donde le tuvieron 18 meses en rigurosa cautividad. En esta prision fué donde, segun relacion del mismo, le ocurrió la idea del para-caidas, ya ensayado por Blanchard, y que perfeccionado despues ha sido de tan gran recurso á los demas aeronautas.

Recobrada su libertad, volvió Garnerin á entregarse á su ejercicio favorito de la navegacion aerea, franqueando á veces distancias de mas de cien leguas por los aires. Su nombre se hizo célebre en el Norte, donde no obstante halló un temible competidor en el profesor Robertson, que llenaba ya la Alemania con el ruido de su fama, y que se disponia á hacer un viage á San Petersburgo para disputarle la palma de la aerostacion. Garnerin tuvo sus polémicas científicas no solo con Robertson, sino tambien con el sabio Baader de Munich sobre el cálculo de la evaluacion de las alturas por el barómetro.

Pero la historia curiosa de Garnerin comien-

za desde que se puso en contacto con Napoleón. Era la fiesta de la coronación del emperador en diciembre de 1804. Para solemnizarla se había hecho venir á París á Mr. Garnerin. El célebre artista preparó un globo gigantesco, al cual suspendió una corona iluminada con 3,000 vasos de colores. Un poco antes de concluirse los fuegos artificiales, el gigantesco globo con su corona se remontaron magestuosamente desde el átrio de la iglesia de Notre-Dame, en medio de las aclamaciones de un gentío inmenso, y mas de sesenta mil cohetes disparados en todas direcciones iluminaron el espacio con sus llamas y le hicieron resonar con sus chasquidos. El globo navegaba con rapidez asombrosa, y al día siguiente los habitantes de Roma vieron asomar por el horizonte un círculo radiante que bajaba avanzando en dirección de la ciudad. Pronto estuvo sobre las cúpulas de San Pedro y del Vaticano; luego aplanándose de repente vino á abismarse en el lago Bracciano, dejando rastros de su paso en la campiña de Roma. Sacáronle del agua, y la siguiente inscripción que llevaba se imprimió y difundió por toda Italia: *París, el 23 de frimario año XIII. Coronación del emperador Napoleón por su Santidad Pio VII.*

Una circunstancia casual, é indiferente al parecer, hizo que diese Napoleon grande importancia, y hasta una interpretacion política al globo perdido. Este globo al rozar la tierra se habia detenido unos minutos precisamente sobre el sepulcro de Neron: despues empujado por el viento habia vuelto á continuar su ruta, pero dejando en uno de los ángulos del viejo monumento una parte de la corona. Los diarios italianos refirieron este incidente, comentándole algunos con maliciosas reflexiones que no dejaban de ser a proposito para picar al emperador. Llegó todo á oidos de Napoleon, que no fué bastante grande ó bastante disimulado para ocultar el mal efecto que aquel suceso le produjera, y mandó espresamente que no se le hablára del globo de Mr. Garnerin.

Desde entonces aquel Napoleon que tanto antes habia encomiado el valor de Coutelle, gefe de los aeronautas del ejército; que tanto habia recompensado los esfuerzos de Monge y de Meusnier para perfeccionar los globos hasta poderlos emplear como máquinas de guerra; que habia hecho elevarlos en Egipto para mostrar á los árabes la superioridad de las artes de Europa sobre los procedimientos groseros del Egipto de-

generadó, cayó en una completa indiferencia hácia el arte aeronáutica, y desde entonces la escuela de Meudon quedó abandonada también; todo porque un fragmento de la corona del emperador había quedado en la tumba de Neron. Sabido es que aquel grande hombre tenia una buena parte de fatalista. Garnerin no volvió á ser empleado del gobierno. Este famoso aeronauta murió en París en 1823.

Su hija adoptiva Elisa Garnerin hizo también algunas ascensiones en París. En una de ellas, mientras el globo se estaba reparando de una avería que había sufrido en una corta subida hecha pocos momentos antes, y cuando la autoridad y su familia la estaban disuadiendo de que volviese á subir, la cuerda que sujetaba el globo se soltó de repente, y comenzó á elevarse la máquina con una rapidez asombrosa. Un militar que se encontraba cerca del aparato, se vió cogido entre las cuerdas por una de sus espuelas, y arrastrado por la violencia de la máquina hasta la altura de 12 pies, de donde volvió á caer. La jóven, que no estaba prevenida, cayó precipitadamente en el fondo de la barquilla. «¡Estoy perdida!» gritó la desconsolada Elisa. Grande fué entonces la confusion, y general

el pavor de los espectadores. El globo se remontó á una altura formidable. Ya nadie esperaba que se salvara la infortunada jóven, cuando con sorpresa y con júbilo universal se vió desprender un para-caidas, desplegando sus vastas alas y balanceándose magestuosamente hácia la tierra. La señorita Garnerin y su para-caidas, descendieron felizmente entre los aplausos y gritos de la multitud, en el recinto del gimnasio normal del coronel español Amorós, situado no lejos de la barrera de Grenelle.

En el mismo año de 1804 en que hizo Garnerin su célebre viage de París á Roma, se verificó la célebre ascension de Gay-Lussac y Biot, la mas útil á las ciencias de cuantas hasta entonces se habian practicado, por las exploraciones y experimentos físicos que aquellos ilustres profesores hicieron á una gran altura de la atmósfera. El punto de partida fué el Conservatorio de Artes de París. Ellos llevaron consigo relojes, termómetros, barómetros, higrómetros, brújulas, papel y lapiz; y á la altura de 42,000 pies se pusieron á hacer sus observaciones con la misma serenidad que si las hicieran en el gabinete de su casa ó en el laboratorio del Colegio; ó por mejor decir, quien las hizo fué Gay-Lussac, porque

Biot padeció un aturdimiento que le turbó la imaginacion. Gay-Lussac, pues, observó que la influencia magnética obraba sobre la brújula lo mismo poco mas ó menos que en la tierra. El higrómetro señaló una sequedad siempre creciente, y la temperatura que habian dejado en la tierra á 44 grados de Réaumur estaba allí á $8\frac{1}{2}$. Pero careciendo de todos los instrumentos necesarios para sus investigaciones, y hallándose Mr. Biot indispuerto, acordaron bajar, con ánimo de hacer otro dia una exploracion mas detenida y á mayor distancia.

Gay-Lussac volvió á subir en efecto á los 23 dias, provisto de todos los instrumentos que necesitaba. Esta vez se elevó á la altura de cerca de 7,000 metros (sobre 23,000 pies castellanos), y estuvo cerca de cinco horas haciendo sus observaciones. El termómetro señalaba á aquella altura 6 grados bajo cero, y de mas de 20 observaciones atmosféricas que el ilustre físico hizo á diferentes distancias, resultó constantemente que el aire pierde un grado de calor por cada elevacion de 474 metros. Un frio excesivo y una respiracion dificultosa fueron las únicas molestias que esperimentó el entendido aeronauta. Referiremos una curiosa anécdota que mas ade-

lante pasó á Gay-Lussac con motivo de su ascension.

Visitando el año 1820 el duque de Angulema la escuela politécnica de París, entonces gobernada militarmente bajo la proteccion de este príncipe, le dió gana de hablar á Gay-Lussac de su memorable ascension de 1804. «¡Oh Dios mio! le dijo el delfin, ¡y cómo os debió incomodar el calor allá arriba!—Ciertamente, señor, contestó Gay-Lussac, que no sabia qué responder á una observacion tan peregrina. Sin embargo.....—Vamos, vamos, le interrumpió el príncipe; no me oculteis que debisteis experimentar un calor extraordinario: precisamente ¡tan cerca del sol...!» El ilustre profesor calló, y ya se deja entender la alta idea que formaria de los conocimientos físicos del protector de la escuela.

Dicese que Briochi, astrónomo milanés, se elevó en 1808 á mayor altura todavía que Gay-Lussac, pues suponen que se remontó á 8,266 metros, que es la mas alta ascension aerostática de que se tiene noticia. Sospechamos si en esto habrá alguna exageracion, porque á 8,000 metros el aire es ya tan ligero y raro que no es facil pudiera respirar el observador.

No nos detendremos en dar cuenta, ni es po-

sible darla tampoco, de tantas ascensiones aeronáuticas como se han hecho en los últimos tiempos y en nuestros dias, ni aun siquiera trabajáremos por recordar los nombres de los aeronautas que se han limitado á dar á los pueblos el espectáculo de un hombre que se eleva en un globo á mas ó menos altura, que permanece en el aire algunas horas, y desciende á pequeña distancia, despues de una corta navegacion aérea mas ó menos feliz. Y citaremos solo algunos de los que han logrado hacerse un nombre célebre, ó por sus largas y aventuradas expediciones, ó por el número de ellas, ó por los especiales conocimientos científicos que han manifestado, ó por los ensayos útiles que han hecho para ir dando á este arte difícil la perfeccion que tanto seansía y apetece.

Tal es el famoso inglés Mr. Green, que lleva hechos 275 viages aéreos, notables muchos de ellos, así por las largas distancias que ha recorrido, como por los inmensos riesgos y dificultades que ha tenido que superar. En el que verificó en 1836 partió de Lóndres en su globo á la caída de la tarde del 7 de noviembre, llevando por compañeros de viage á Hollond y Monk-Mason, provisto de pasaportes para todos los esta-

dos de Europa, y surtido de víveres y provisiones por si tenia que estar algun tiempo sobre el mar, si la corriente del aire le arrojaba en aquella direccion. El globo se elevó rápidamente, y el viento le iba llevando sobre el mar de Alemania. Mr. Green descargó la barquilla de una parte de su lastre, y remontándose el globo á las regiones superiores de la atmósfera, encontró otra corriente de aire que le hizo volver atrás, dirigiéndole á Douvres, que era precisamente lo que el aeronauta buscaba. Propúsose desde allí atravesar el estrecho, y lo consiguió, llegando ya de noche oscuro á Calais, del otro lado del Canal. El viento arrastraba el globo haciéndole marchar á mas de diez leguas por hora. A media noche estaban los viageros sobre Lieja, en Bélgica. Al amanecer se encontraron sobre el Rhin. Y á las siete y media de la mañana descendieron en un campo del ducado de Nassau en Alemania, precisamente á dos leguas de Weilberg, donde habia descendido el célebre Blanchard cuando hizo su ascension en Francfort en 1785. Estos atrevidos navegadores habian recorrido cerca de 200 leguas, y halládose sobre territorio de cinco grandes estados de Europa, á saber, Inglaterra, Francia, Bélgica,

Prusia y el ducado de Nassau, y pasado por encima de multitud de ciudades, Lóndres, Rochester, Cantorbery, Douvres, Calais, Ipres, Courtray, Lille, Tournay, Bruselas, Namur, Lieja, Spa, Malmedy y Coblentza.

Por último Henson y Beale en Inglaterra, Defresne y Eulriot en París, Muzzi en Italia, y otros laboriosos y entendidos mecánicos y aeronautas se ocupan en el dia de los medios de perfeccionar el arte de la navegacion aerea, y cada uno de ellos cree haber hecho ya el gran descubrimiento tras de cuyo hallazgo andan afanados hace siglos los hombres, á saber, el de dar la direccion conveniente á los globos ó á otro cualquier aparato que se emplee para surcar los aires. Mas como nos hayamos propuesto tratar separadamente de la parte relativa á la direccion de los globos, reservamos para entonces dar una idea del aparato y procedimiento con que cada uno de estos ilustrados fisicos se propone lograr tan apetecido objeto. Daremos ahora brevemente algunas noticias acerca del mecanismo y de la preparacion de los globos.

CAPITULO II.

TEORIA DE LOS GLOBOS: SU CONSTRUCCION Y PREPARACION.

La teoría de los globos y de las ascensiones aerostáticas es bien sencilla y está al alcance y comprensión de los hombres mas rudos. No hay nadie que ignore que un cuerpo cualquiera sobrenada en todo fluido que sea mas pesado que él; la simple vista enseña al menos observador esta ley física de la naturaleza. Y tanto mejor sobrenadará cuando sea mayor y mas pesada la columna de fluido que tenga debajo de sí. Inútil es poner egemplos de lo que se vé á todas horas, y todos los dias.

Siendo, pues, el aire atmosférico un fluido pesado, elástico, y de consiguiente compresible y dilatado, todo cuerpo que en igualdad de volúmen sea mas ligero que él, le sobrenadará, y aun se elevará hasta encontrar un aire menos denso y pesado, con cuyo volúmen y gravedad se ponga en equilibrio. Sabido es que las capas

inferiores del aire atmosférico son mas pesadas que las superiores, como que estas gravitan sobre aquellas y las comprimen. Así un pié cúbico de aire tomado en el fondo de un valle, pesa mucho mas que otro pié cúbico de aire tomado en la cumbre de una alta montaña. Sobre este principio está fundada la construccion de los globos.

Quando no se conocia el hidrógeno, se llenaban, como hemos dicho en la Reseña histórica, del mismo aire atmosférico, enrarecido y aligerado por medio del fuego. Bastaba esto para que el globo se elevára por efecto del menor peso del aire interior calentado, respecto al aire exterior, frio y natural. Mas luego que Cavendisch descubrió que el gas inflamable ó hidrógeno era sobre quince veces mas ligero que el aire atmosférico, comenzó Charles á adoptarle para el uso de los globos aerostáticos, con preferencia al gas usado por Montgolfier, ya por su mayor ligereza, ya porque con él se evitaban los incendios y averías á que con el fuego estaban continuamente espuestos los globos y los aeronautas. En el dia no se emplea otra cosa que el hidrógeno, porque es el menos pesado que se conoce, aunque no deja tambien de ser algo costoso.

Como podrá ser agradable á muchas personas saber el modo de llenar un globo, espondremos brevemente el procedimiento que se emplea, tan ingenioso como sencillo. Colócanse unos cubos ó toneles al rededor del globo vacío, que cuelga de una cuerda que le sostiene perpendicularmente. En cada uno de estos toneles ó cubos se colocan pedacitos ó limaduras de hierro, con una dosis correspondiente de agua; viértese en ellos poco á poco ácido sulfúrico; cerrados los toneles herméticamente, se descompone el agua, combinándose su oxígeno con el metal, el cual oxigenado se une al ácido y forma sulfato de hierro ó zinc, mientras que el hidrógeno del agua quedando en libertad, se desprende y es introducido en el globo por medio de unos tubos de hoja de lata que comunican con él. Para mayor inteligencia damos la lámina que representa la operacion.

La proporcion de las sustancias es la siguiente: por diez kilogramos de raspaduras de hierro se echan cuarenta á cuarenta y cinco kilogramos de agua, y poco mas de veinte de ácido sulfúrico ó aceite de vitriolo, con lo que se obtienen sobre cuatro metros cúbicos de gas.

Vistense los globos, ó bien con tafetan de se-



Modo de llenar un globo.



da barnizado, ó bien con la película del intestino recto del buey, la cual se prepara teniéndola en remojo en agua tibia por espacio de algunas horas, á fin de que adquiriera la elasticidad necesaria. Constrúyese un molde de yeso ó de otra materia para dar la forma al globo, de la capacidad que el aeronauta se proponga. Hé aquí las noticias que sobre este particular añade el entendido Torneux. La envoltura de los globos, dice, se hace de tafetan engomado, ó mejor de tafetan barnizado en caliente con una mezcla de aceite de linaza desecante y de cau-chuc (árbol de América) disuelto en esencia de trementina. Se ha sustituido tambien el barniz sobre las dos caras de goma elástica por un barniz de copal, ó simplemente por una mezcla de esencia de trementina y de aceite desecante, haciendolo hervir con litargirio. Tambien se ha empleado recientemente con éxito una envoltura de tela impermeable de *Makintosh*, obtenida por la interposicion de una capa de cau-chuc entre dos piezas de seda.

A la parte superior del globo se coloca una válvula, que manejada desde la barquilla con una cuerda, sirve para dar libertad al gas y disminuirle gradualmente á voluntad del aeronau-

ta. Un globo que haya de arrastrar consigo á un hombre y su barquilla, no puede tener menos de 55 á 60 pies de longitud y algunos mas de latitud.

Pudiéramos facilmente estendernos sobre la naturaleza y propiedades así del hidrógeno como del aire atmosférico, igualmente que sobre los diferentes principios y sistemas de la navegacion aérea que hasta ahora se conocen, y sobre las tres clases de globos que los facultativos distinguen, á saber, cautivos, estacionarios y libres. Pero el que desee noticias mas estensas sobre la materia, puede consultar los tratados de quimica, la *Memoria sobre los globos*, escrita por Ferry y dada en la Revista Enciclopédica del año 1826, el tomo XI de las *Memorias de la Academia de las Ciencias* de París, la *Descripcion del globo de la Academia de Dijon* por Guyton Morveau, la sesion de la Sociedad Philomática de 13 de abril de 1844, en que se leyeron los nuevos principios de la navegacion aérea, y los luminosos escritos del ilustrado Mr. Transon, insertos en el tomo XII del *Magasin Pittoresque*, en que trata la cuestion de los globos de una manera tan nueva como ingeniosa.

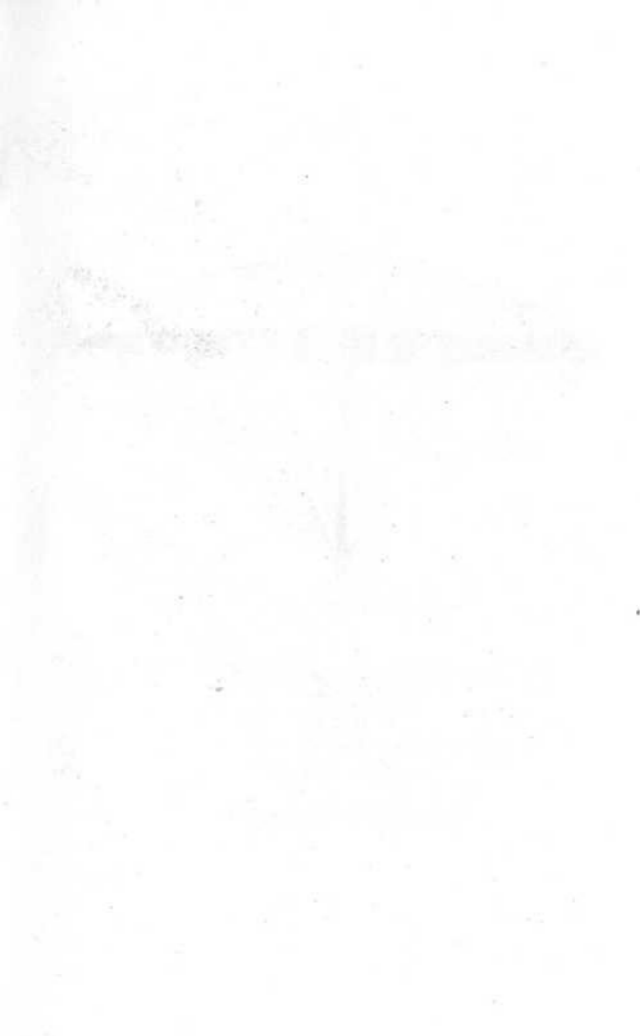
— Diremos dos palabras de los para-caidas. Ne-

cesitaban los aeronautas el auxilio de una máquina en que poder descender en el caso de ocurrir algun accidente al globo, y descender de manera, que oponiendo á la columna de aire una estensa superficie, el descenso fuese tan lento como se necesita para caer el cuerpo de un hombre sin lesion. Inventaron pues, esta máquina, y la llamaron para-caidas. Hemos dicho en la parte histórica, que Blanchard y Garnerin se disputaron la gloria de este invento; sin embargo, segun una noticia que se lee en el tomo XXXVI de los *Anales de Química*, la invencion del para-caidas se debe á Mr. Lemornand, y así lo reclamó él á la Academia de Lion. Lo que creemos es, que cada uno de estos aeronautas inventó su para-caidas mas ó menos perfecto. Blanchard ensayó el suyo con buen resultado. Garnerin y su hija hicieron varios descensos en para-caidas; mas como aun se sintieran algunas oscilaciones y sacudidas violentas, por efecto de la demasiada acumulacion del aire debajo de su superficie, se ha perfeccionado despues y ocurrido á estos inconvenientes, practicando en el centro del para-caidas una especie de chimenea de un metro de alta, por donde el aire puede salir sin perjudicar á

la resistencia que domina la viveza de la descension. Damos tambien una lámina que representa el para-caidas desplegado.

Tambien se cuentan víctimas de los para-caidas como de los globos. El aeronauta inglés Cocking, habiendo salido de Lóndres en un globo en 1836, probó á cierta distancia de la ciudad descender en un nuevo para-caidas de su invencion, y el ensayo le fué fatal. Una suscripcion que se abrió en favor de la viuda y de sus hijos, publicaba el resultado trágico de la tentativa de Cocking.









Para-caidas desplegado.

CAPITULO III.

SOBRE LA DIRECCION DE LOS GLOBOS.

Hé aquí el gran problema en cuya resolución han trabajado incesantemente los ingenios, pero sin resultado positivo que sepamos hasta ahora. Con razón ha sido el objeto de tentativas y ensayos infinitos, y de los desvelos de los sabios. Porque en efecto, de que se haga ó no este importante descubrimiento depende, ó que la invencion de los globos aerostáticos quede reducida á una funcion de puro espectáculo, en que algunos hombres lucen su intrepidez á la presencia de una muchedumbre curiosa, pero sin fruto para las ciencias y para las relaciones sociales, ó que se haga la revolucion mas grandiosa que puede concebirse en favor de la humanidad.

«Ya la imaginacion, dice un escritor moderno, se admira á la vista de un marino que confia su vida á un fragil leño, y se abre sobre los abismos del Occéano un camino hasta las comarcas mas apartadas. ¿Qué sería si el hombre recorriese á su voluntad las vastas regiones del aire? ¡Ver ya á sus pies revolverse unas sobre otras silenciosamente esas nubes gigantescas, esas montañas movibles que el calor del dia levanta en el horizonte! ¡balancearse blandamente en una region de paz y de luz, y desde aquella altura dominar la tempestad y el rayo! ¡ó ya cuando la nube se abriera á sus miradas, ver pasar rapidamente y huir las ciudades y los campos, los rios y los mares, y los montes coronados de sus verdes florestas ó de sus nieves eternas, y al cabo de algunas horas de un viage sin fatiga, descender dulcemente en algun valle risueño de Grecia ó de Italia!»

«Desde luego que el aeronauta, observa otro autor contemporáneo, sea tan poderoso como aparece un buen piloto manejando su bagel, el arte militar podrá complicar sus teorías. Entonces podrán crearse aplicaciones que la imaginacion no concibe ahora, ni tiene la menor idea para trazarlas. Podrán ser tan grandes y sor-

prendentes, como grandes serán los que sin los mezquinos recursos de los constructores de la torre de Babel, habrán conseguido ocultarse en la region de las nubes y caminar en ella con planta segura y de consecuencias calculadas. Proyectos gigantescos hay indicados si se llegan á sustituir por los globos de seda los metálicos, y se consigue darles direccion é impulso por medio del vapor. El hombre en este caso, dicen los que están en el proyecto de la invencion, habrá cambiado la faz del mundo considerándolos como instrumentos de guerra; pues calculan que una armada de globos de 450 caballos, podria salir de Europa incendiando al paso las poblaciones y buques enemigos, hasta anclar en Pekin á los pocos dias del origen del movimiento. Podria hasta *desarmar el cielo*: es decir, estaría en su mano modificar el estado eléctrico de las nubes que tanto influye en las tempestades....»

Nosotros, menos aficionados que los autores de este pensamiento á considerar estos grandes descubrimientos como medios poderosos de guerra y de destruccion (que hartos nos sobran por desgracia con los inventados), creemos tambien que la direccion de los globos produciria consecuencias incalculables y que la imaginacion no

puede abarcar en beneficio del género humano, sin salir de las relaciones sociales pacíficas, si quiera no se los considerara sino como medios prodigiosos de comunicacion y de transporte.

¿Pero se resolverá un dia este problema? ¿O serán siempre infructuosos los esfuerzos de los hombres? ¿Será que la Providencia haya dicho al genio del hombre, comole ha dicho al Océano: «Estos son tus límites y nunca los traspasarás?» Ello es que el mundo está en expectativa de este gran descubrimiento: la posibilidad no puede negarse: la esperanza entretanto no puede faltar: si sucederá ó no, solo Dios puede saberlo.

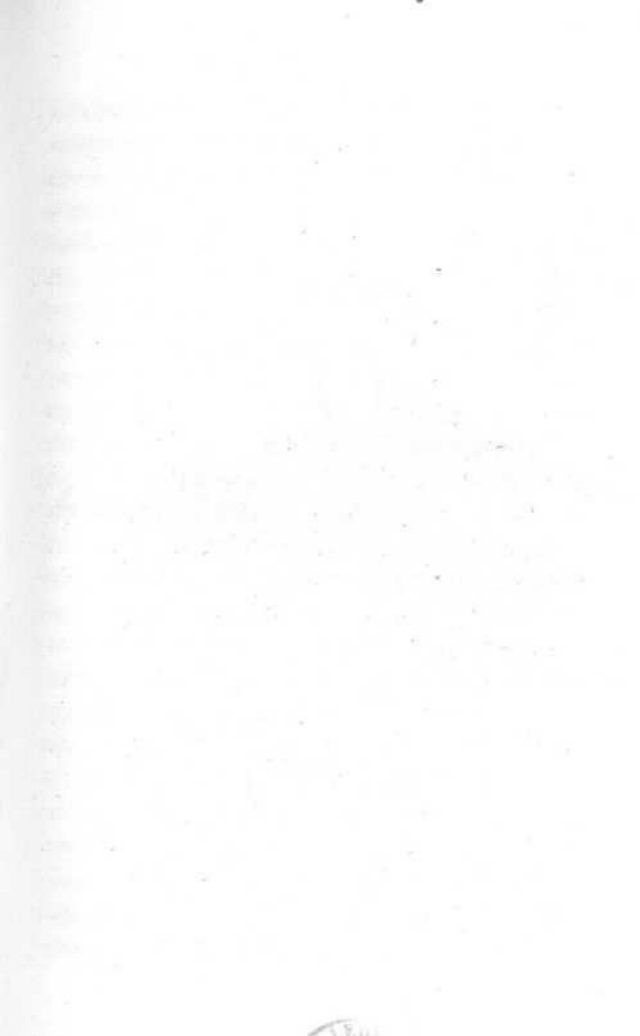
Es lo cierto tambien que entretanto los sabios trabajan, meditan, inventan; y los hay en la actualidad que creen tener la evidencia de haber hallado ya el medio de dominar los aires y de navegar por los espacios atmosféricos con toda confianza y seguridad. Cada cual está persuadido de que su invento es el mejor, y su proyecto el mas realizable. Cúmplenos ahora á nosotros dar una breve noticia del aparato y sistema que cada uno tiene propuesto para la realizacion de tan gigantesco plan.

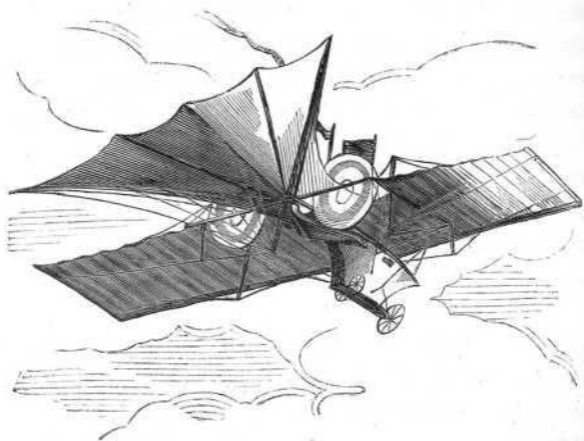
En abril de 1843, se leia en el *Times* de

Lóndres: «Podemos anunciar á nuestros lectores que, merced á la constancia y asiduo trabajo de Mr. Henson, y despues de infinito tiempo y repetidas observaciones, ha logrado este caballero resolver el tan apetecido problema de la navegacion por el aire. En efecto, su realizacion no puede considerarse sino como el fruto del mas sagaz estudio de las leyes de la naturaleza, y de la mas atenta observacion de los fenómenos que de ella se ocasionan, debiendo considerarse en este ómnibus aéreo en el acto de atravesar el espacio, que no es mas que un pájaro de colosales dimensiones. El resultado de la perseverancia del autor, ha sido vencer las dificultades tenidas hasta hoy por imposibles, y que habian hecho creer irrealizable este precioso descubrimiento, por cuyo medio es imposible calcular hasta donde podrá estender su poder la humanidad. Hé aquí algunos detalles relativos á los medios de accion de este ómnibus aéreo.

—07 «Su principal estension ó volúmen consiste en un tendido que llamamos las alas, debiendo no obstante advertir que en lugar de moverse como las de las aves, estas permanecen tirantes é inmóviles. Su dimension es extraordinaria, pues llega á 150 pies de largo y 30 de ancho. En el

acto del vuelo se llevan un poco de los extremos inclinándose además hácia adelante. En el espacio que puede considerarse medio de ellas, está suspendida la caja ó coche destinado al transporte de los viajeros y mercancías, ocupando el lugar que en un pájaro corresponde al cuerpo. A la parte posterior se halla una cola de 50 pies de largo, á la cual puede dársele un movimiento oscilatorio de ascension y descension para regular la elevacion del vuelo, y debajo de ella está el timon que sirve para la direccion horizontal. Sobre el aparato y en posicion vertical hay un lienzo para impedir las oscilaciones laterales. Una máquina de vapor da movimiento á dos ruedas colocadas cada una á un lado del timon, las cuales constan de seis rádios en forma de aspas de molino, cuyo oficio es conservar la velocidad adquirida, anulando la resistencia del aire atmosférico..... Calcúlase que esta máquina tendrá la fuerza de 20 caballos. El modo ingenioso con que Mr. Henson ha alcanzado la reduccion del peso de la máquina, consiste en la nueva forma dada al condensador y á la caldera. Compónese esta última de unos 50 conos huecos y truncados que se colocan inversamente sobre la superficie de la caldera, y presentan unos





Aparato de Mr. Henson.

100 pies cuadrados á la accion del fuego. El condensador consiste en una porcion de pequeños tubos espuestos á la corriente del aire que ocasiona el vuelo de la máquina, habiéndose observado que esto era lo suficiente para el objeto apetecido. Es digno de admiracion que la máquina con todos sus anexos, como agua, combustibles, viajeros, etc., no escede todo junto del peso de unas 600 libras. La estension y superficie que abrazan sus alas y cola, ó sea el arca de todo el aparato, mide unos 4,500 pies cuadrados, y el peso total que sostiene, es aproximadamente de unas 3,000 libras, llevando hasta en esto una notable ventaja á los pájaros, pues es fácil observar que por cada pié cuadrado le corresponden dos tercios de libra.»

Adjunto damos el diseño del aparato singular de Mr. Henson.

Con esta máquina creia estar seguro el ilustre físico de haber allanado las dificultades con que habian tropezado todas las empleadas hasta el dia. El error, decia él, de todos los inventores de máquinas aéreas, está en haberles querido dar la fuerza necesaria para ponerse por sí mismas en movimiento, elevarse y sostenerse en el aire. Para obviar este inconveniente el cé-

lebre mecánico discurrió, que la impotencia del arte la podía suplir la naturaleza; y que á la manera que algunas aves se elevan con dificultad de la tierra, y para tomar el vuelo se arrojan de lo alto de un árbol ó de una roca, pero una vez impreso el movimiento les es ya fácil conservarle, aumentar su viveza y remontarse á la mayor altura, así su máquina una vez lanzada al aire desde la estremidad de un plano inclinado y puesta en movimiento, adquiriria la celeridad necesaria para poder sostenerse en la atmósfera por todo el resto del viage; celeridad que apagaría poco á poco la resistencia misma del aire, no teniendo la máquina de vapor otro objeto que reparar esta misma viveza que fuese perdiendo.

— ¿Pero cuál ha sido el resultado de tan encomiado invento, que ciertamente pudiera haber immortalizado á su autor? Los sucesos están demostrando todavía la impotencia y falibilidad de los cálculos humanos.

— Viene luego otro inglés, Mr. Green, el mismo de quien dijimos en nuestra *Reseña histórica* que lleva hechas 275 ascensiones aerostáticas, y bajo la base de que sobre las capas inferiores de la atmósfera hay una corriente constan-

te de aire que viene del Atlántico y de la dirección Oeste ó Noroeste, y suponiendo que una vez llegado á esta corriente es muy facil el viage de los Estados-Unidos á Inglaterra, ha inventado una máquina, con la cual asegura se eleva ó desciende el globo á voluntad del conductor que va en la barquilla del mismo. Consiste su mecanismo en un eje movido por varias ruedas, y en cuyos extremos se fijan dos alas de determinadas dimensiones: ademas hay otra ala en una de las estremidades de la barquilla para servir como de timon. La diferente inclinacion de estas alas hace que el globo suba ó baje á arbitrio del que le dirige, y de consiguiente puede ir á buscar la corriente atmosférica que le convenga, sin necesidad de dar salida al gas para bajar, ni disminuir el lastre para subir.

Mr. Green dice tener tal seguridad en su aparato y procedimiento, que ofrece poner de su parte 500 libras esterlinas (sobre 2,500 duros) para los gastos del viage, y depositar ademas otras 1,000 libras, que perderá si le sale fallida su empresa. El proyecto de Green tiene ahora en expectativa como tuvo el de Henson.

El genio del hombre se afana en todas partes por lograr la resolucion del gran problema

A fines de 1846 presentó el Sr. Muzzi al Congreso científico reunido en Pisa, el modelo de una máquina que ha ensayado á presencia de los sabios de aquel congreso, y con la cual, aplicando un nuevo principio de física, dirige á su voluntad un globo aerostático, ya sea en el aire tranquilo, ya en las corrientes atmosféricas. Los mas distinguidos físicos de Italia aseguran que el ensayo salió perfectamente. Fáltale la sancion de una esperiencia en grande. El Sr. Muzzi vuelve, pues, á ponernos en expectativa.

Mas modernamente todavía, á principios del mes de setiembre de este mismo año, Mr. de Fresne, de París, presentó un barco que navegaba por el Sena aun contra viento y corriente, sin remos ni velas, ni mas motor que una rueda aérea colocada en el sitio en que por lo regular se coloca la vela. El inventor, puesto de pié en la popa del barco, comunicaba al aparato un movimiento de rotacion de derecha á izquierda, y el barco caminaba sin otro impulso. El autor cree que este motor atmosférico podrá fácilmente aplicarse á dar direccion á los globos, pues si encuentra en el aire, dice, un punto de apoyo suficiente para vencer la resistencia de un cuer-

po tan denso como el agua, y superar la acción del viento y de la corriente, con mucha mas razon podrá hacer mover un cuerpo que flote en el mismo elemento en que obra el aparato, y que debe presentar una resistencia mucho menor.

Pero hé aquí que el inglés Mr. Beale, con noticia de este experimento hecho en el Sena y la proposicion de aplicarle á la navegacion atmosférica, reclama como suya esta invencion, y dice que ya en diciembre de 1836, presentó á una comision de la Sociedad de Artes un globo aerostático en forma de un cilindro prolongado, á cuyos lados habia dos ruedas aéreas, que movidas desde la barquilla impelian por el aire el aparato en la direccion que se deseaba.

Sanson, de Caligny, el general Desnbinsky, han trabajado en el mismo sentido; y particularmente Mr. Eulriot, que ha construido un globo volante, especie de navecilla á cuyos lados hay cuatro paletas imitando las aspas de un molino de viento, que el aeronauta hace mover por medio de un mecanismo interior cuyo secreto tiene él solo. La resistencia del aire á cada golpe de pala que le azota, refleja sobre el globo y le hace marchar hácia adelante, absolutamente co-

mo un ave que vuela ó como un pez quenada. El ensayo de este procedimiento, si no ha dado todo el resultado que seria de esperar, al menos no ocasionó ningun accidente.

Dedúcese de todo esto, que en todas partes y en todos tiempos hasta la actualidad, no han cesado ni cesan los físicos y mecánicos de apurar los recursos de su ingenio para dar direccion á los globos ó inventar otro medio seguro de viajar por los aires, sin que hasta ahora sepamos que al través de la confianza que cada cual haya creído ó crea deber tener en su invento, hayan los resultados coronado todavía los desvelos y llenado las esperanzas de ninguno.

Así las cosas, se presenta de improviso en la palestra un español, que con una confianza que asombra y con una arrogancia que sorprende, no solo asegura haber tenido la fortuna de resolver el gran problema, sino que desde luego se compromete á ejecutar mas de lo que nadie se ha atrevido nunca á proponer, ofreciendo solemnemente á la Reina y al país, que si le facilitan los auxilios pecunarios que necesita hará en un aparato de su invencion el viage de Cádiz á Madrid, atravesando por los aires la distancia de mas de cien leguas que separa las dos

poblaciones en el espacio de diez horas, y que atracará al balcon principal del real Palacio.

Este español que de tal manera ha sorprendido al público y sorprenderá tambien á los sabios, es el señor don Pedro Montemayor, vecino y abogado en Medina—Sidonia. Hé aquí la esposicion que con fecha 29 de octubre último dirigió á S. M. la Reina.

«Señora: don Pedro Montemayor, vecino de Medina—Sidonia, provincia de Cádiz, á los R. P. de V. M. con el debido respeto espone: que despues de diez años de asiduo trabajo y de repetidas esperiencias, ha encontrado resolucion al problema de la navegacion atmosférica, por medio de una máquina muy sencilla á que llama Eolo, porque con ella la gravedad vence al viento, proporcionando un punto de apoyo tan sólido que pasa de 47,000 lb. la fuerza que puede considerarse reunida en ese punto segun los principios de mecánica y física. El Eolo, pues, Señora, domina completamente la atmósfera, y se distingue de todos los otros medios empleados para conseguirlo, en que tiene punto de apoyo y un motor sin peso bastante poderoso para salvar la distancia que separa á Cádiz de Madrid en el

corto tiempo de diez horas, no consumiendo mas fuerza que la de dos hombres que ejecuten á la voz del director las maniobras propias de cada caso particular.

«Con él tomará el pabellon de Castilla posesion de un nuevo elemento, al modo que en los tiempos de doña Isabel I tomó posesion de un nuevo mundo, y el que espone, pobre tambien y desvalido como Cristóbal Colon, implora en este siglo la soberana proteccion de V. M. confiado en que su súplica no puede ser desatendida por la ilustre descendiente de aquella reina que en el siglo XVI costeó la expedicion de ese atrevido navegante, aun empeñando para ello sus alhajas. No se pide ahora tanto, señora, pues con menos de 45,000 pesos fuertes se puede construir un Eolo capaz de ser armado con dos cañones de á cuatro giratorios, sin que por eso pierda nada de su velocidad; pero el que espone ha consumido el pequeño capital de que podia disponer en las costosas esperiencias hechas para obtener ese resultado, y hoy, reducido á los productos de su bufete de abogado, bien escasos en este juzgado de primera instancia de entrada:—A. V. M. rendidamente suplica se digne tomar bajo su real proteccion este invento

y mandar que se le anticipen algunos fondos con los cuales pueda construir un pequeño Eolo capaz de contener al menos tres hombres, y el lastre ó estiba indispensable para la estabilidad, en cuyo caso, izando el pabellon de Castilla en la popa del mismo, tendrá el alto honor, si V. M. lo permite, de besar su real mano despues de haber probado la verdad de lo que deja espuesto navegando desde Cádiz á Madrid, y atracando en el balcon principal de ese real palacio, á menos que V. M. no tenga á bien mandar otra cosa á este fiel vasallo y humilde servidor, que ruega á Dios guarde la preciosa vida de V. M. muchos años para bien de la monarquía. Medina-Sidonia 29 de octubre de 1847.—Señora.—A. L. R. P. de V. M.—Pedro Montemayor.»

Las razones y principios en que este nuevo aeronauta funda la seguridad que manifiesta en los resultados de su procedimiento y aparato, los esplana él mismo en un escrito que con la propia fecha dirigió á los periódicos de la capital, y decia así:

«Para que no se me tache de fátuo ó temerario por el atrevimiento de llamar la atencion de

nuestra Reina hácia una máquina cuyo resultado juzgarán muchos imposible, debo al público la esplicacion de algunos pormenores, y en ninguna ocasion mejor pudiera hacerlo cuando vds. me ahorran la mitad del trabajo con la insercion del artículo antes citado. Aceptando, pues, como verdadero cuanto en ese artículo se dice, debo fijar la idea sobre la navegacion atmosférica. El efecto útil de esta es el de trasportar un peso desde un punto á otro con la mayor velocidad y baratura posibles, de forma que si el Eolo fuese mas caro ó anduviese menos que la locomotiva de un ferrocarril, seria preferible este sistema de trasportes, é inútil pensar en el otro, como objeto de especulacion; pero yo he conseguido que mis Eolos cuesten menos y anden mas. Veamos cómo.

«Al modo que la ventaja de un ferrocarril sobre una carretera, consiste en que la resistencia de los carriles de hierro es muchísimo menor que la de la carretera, así tambien la ventaja de la navegacion atmosférica sobre la navegacion marítima, estriba en que el aire pesa cerca de 700 veces menos que el agua, y la resistencia vencida por la proa de una fragata será 700 veces mayor que la de un Eolo en igualdad de velocidad

y de volúmen; pero la fragata flota sobre la superficie de un líquido de mayor peso que el suyo sumergiendo solo una pequeña parte de su casco, y el Eolo no puede elevarse hasta la superficie de la atmósfera, sino que nada todo sumergido junto al fondo. Esta diferencia la produce tambien muy grande en la resistencia, porque permite prescindir del desnivelamiento que causan los buques en la superficie del mar y del vacío que forman con sus popas; mis Eolos producen al contrario con su movimiento una corriente de aire de proa á popa que impide la formacion de este vacío llenándolo, y como según ha demostrado Mr. Arban es posible sostener flotante el peso que se desea trasportar, no insisto sobre esto, mucho mas despues que he visto las fórmulas del artículo que vds. insertan y que son exactas á no dudarlo.

«Sin embargo, debo añadir que mis Eolos tienen globos ó capacidades llenas de hidrógeno puro, que tienen otras capacidades á que llamo gasómetros, completamente vacías, y otras en fin á que llamo aéreotribsos, llenas de aire comprimido; que los globos, gasómetros y aéreotribsos comunican entre sí por tubos que terminan en dos bombas impelentes, y que el juego de

estas bombas permite poner el Eolo en un equilibrio tal con su atmósfera, que asciende y balancea á babor ó estribor para correr de bolina todo lo que se necesita en cada caso particular.

«Está, pues, satisfecha la primera condicion, que es la de hacer flotar el peso trasportado, y satisfecha de tal modo, que el mismo peso se convierte con el juego de las bombas en un agente poderosísimo para la direccion, no debiendo omitir que nunca se pierde ó suelta gas como hasta aquí se ha hecho, lo que proporciona una grande baratura, porque el hidrógeno puro es tal vez la sustancia mas cara de todas las que entran en la construccion de un Eolo, y seria costosísimo el tener que hacerlo de nuevo para cada viage.

«Puesto que tenemos ya al Eolo flotante, veamos cual es la resistencia que ha de vencer con su proa para caminar horizontalmente. Si llamamos p á la superficie de su mayor seccion vertical ú opuesta al movimiento en pies cuadrados de Búrgos y v á la velocidad, será $R = c p v^2$, siendo R la resistencia y c un número constante cuyo valor se ha de determinar por esperiencia. Yo he encontrado para planos delgados de un pié cuadrado de Búrgos, ese número igual á

0,0015 l. b. y como segun los autores que han tratado esta materia, la resistencia disminuye ó aumenta con la diferente figura del cuerpo cho- cado por el viento, he encontrado tambien para el valor del coeficiente de la figura de la proa 0, 4 para los costados 0, 7 y para los aereotribsos 3.

«Conocida la resistencia, se necesita un motor de fuerza suficiente para vencerla en cada caso. ¿Podrán serlo el hombre ó el vapor? De ningun modo, porque cualquiera de esos dos motores pesa lo menos siete veces mas que la fuerza que devuelve, es decir, que aunque supongamos que un hombre pueda dar una potencia mecá- nica espresada por 20 libras elevadas á un pié en un segundo de tiempo, lo que es muchísimo, como saben los ingenieros mecánicos, siendo su peso á lo menos de 140 libras, se necesitaria un volúmen para hacerlas flotantes, que en su ma- yor seccion vertical presentaria una superficie tan grande, que aplicándole la fórmula de la re- sistencia, resultaria esta mucho mayor que las 20 libras de potencia aun para una velocidad de 3 ó 4 ps. por segundo, la cual es casi cero com- parada con la de mis Eolos que han de ser de un grado del meridiano por hora. Igual racionio se aplica con mayoría de razon á las máquinas

de vapor, y así vemos que las locomotivas con su *tender* pesan mas de 50,000 libras, mientras que su fuerza en caballos de vapor está apenas representada por 7,000 libras elevadas en un pie en un segundo, lo que ha permitido á Mr. Samuda el reemplazarlas con la presión del aire en los caminos llamados atmosféricos. De aquí resulta que es otra condicion esencial y *sine qua non*, la de que el motor empleado en la navegacion atmosférica tenga muy poco ó casi ningun peso, á cuya condicion no satisface otro motor alguno mas que la gravedad, fuerza gratuita, repartida con grande profusion en la naturaleza, la misma que anima un salto de agua, y la misma que permite al águila cernerse por los aires, del modo que dice el artículo que vds. han insertado.

«A esta última proposicion parecerá una paradoja, pero como el explicar el vuelo de las aves sería explicar mi secreto, ruego á quien esto lea que suspenda su juicio hasta que yo tenga fondos con que demostrar prácticamente mi teoría, pues entonces verá, que ese vuelo, al que llamo mi secreto, es muy parecido al fenómeno de la caída de una manzana, la cual, siendo ocasion de que Newton encontrase la ley de gravedad,

nada enseñó, sin embargo, á los muchos millones de hombres á cuya presencia habian caido al suelo manzanas maduras. Hace tambien muchos siglos que las aves surcan los aires delante de los hombres, pero ninguno ha explicado aun mecánica y físicamente su vuelo, al menos que yo sepa: si, pues, me atrevo yo á dirigirme hoy, como lo hago, á nuestra augusta Reina solicitando su real proteccion, es porque mi máquina es de aquellas que despues de vista esclamará cualquiera: *eso yo tambien lo hubiera hecho*, y tendré que replicarle para volver por mi honor con la anécdota del equilibrio del huevo sobre una de sus puntas que se atribuye á Cristóbal Colon.

«Por último, la tercera condicion *sine qua omni* de la navegacion atmosférica es el punto de apoyo, que debe ser superior á la potencia y á la resistencia. En efecto, toda máquina, por complicada que aparezca, es reducible á su elemento, que consiste en una sola palanca, la cual á su vez se reduce á solos tres puntos, que son: el de aplicacion de la potencia, aquel que vence á la resistencia, y el punto de apoyo: si este no es mas poderoso que los otros dos, la palanca no puede obrar; así, pues, tengo en mis *Eolos* un punto de apoyo en los aéreotribos proporcional

á su volúmen, y que siempre es mayor que la potencia y la resistencia unidas.

«Esplicar esto tampoco es posible, porque ese apoyo está tan íntimamente ligado al motor, que casi se confunde con él, como se confunde todavía en la navegacion marítima el punto de apoyo con la estabilidad, sin embargo de ser cosas no solo distintas sino que casi me atrevo á asegurar que son opuestas, porque en muchos casos creciendo el uno mengua la otra (1).

«Ruego á vds., por fin, señores redactores, etc.—Pedro Montemayor.—Medina-Sidonia 30 de octubre de 1847.»

En vista de uno y otro documento parece que el gobierno de S. M. ha resuelto facilitar al señor Montemayor los fondos necesarios para llevar á cabo su atrevida empresa, con la debida intervencion para que se inviertan en el expresado objeto y con la posible economía. El gobierno no hace en esto sino llenar el deber de proteccion que le incumbe, así como deberá tambien procurar remover cualesquiera obstáculos.

(1) No debo hablar mas claro: *qui potest capere, capiat.*

los que puedan oponerse á la realizacion del gigantesco proyecto del señor Montemayor.

¿Estará acaso reservada á la España la gloria de que uno de sus hijos sea el afortunado despejador de esa importantísima y misteriosa incógnita, tras de la cual han corrido infructuosamente tantos años como tras una sombra vana multitud de sabios de los países mas avanzados en la civilizacion y en las ciencias físicas y esactas? Grande sería ciertamente la gloria del país, y mayor la del afortunado mortal que pudiera decir al mundo: «Hé aquí hallado y ejecutado lo que tanto se buscaba y apetecía: desde hoy la region de los aires ha entrado en el dominio del hombre.»

La España aguarda, pues, con viva ansiedad el desenlace de la grandiosa empresa del señor Montemayor, y nosotros á fuer de buenos españoles le deseamos un éxito tan feliz como él mismo puede desear.

Verdaderamente que si tal fuese el resultado, sorprendería mas y sería de mucho mayor éxito, por lo mismo que el bufete de abogado tiene tan poca analogía con los hornos del laboratorio químico; por no ser el señor Montemayor conocido hasta ahora, que sepamos, en el mundo fi-

sico; y principalmente por no haber precedido á la grande empresa los ensayos en menores distancias que parece deberian ser necesarios para asegurar el resultado en otra distancia mayor. La proposicion, pues, no puede ser mas arrogante, y aunque nosotros creemos que su realizacion está dentro de los límites de la posibilidad, nos contentariamos con ver al señor Montemayor presentarse sobre el horizonte de Madrid, aunque no llegára á atracar en el balcon principal del Real Palacio, lo cual creemos bastaría para darle no escasa gloria y mucha prez.

Para que se vea hasta que punto raya la confianza que el señor Montemayor tiene en sus Eolos, no podemos renunciar á transmitir á nuestros lectores otro escrito que mas recientemente, con fecha 13 del actual, ha dirigido á los periódicos este ya célebre aunque futuro aeronauta. El que sigue es aun mas notable, mas curioso, mas original y entretenido que ninguno de los anteriores. Dice así:

«Animado con el favor que me han dispensado al dar cabida en su apreciable periódico á mi artículo sobre navegacion atmosférica, les dirijo el siguiente para rectificar una equivocacion que padecí en aquel, y para hablar de

una de las piezas de mis Eolos, sobre la cual ha recaído ya un privilegio de invencion que yo ignoraba, porque extraño á la política, no leo periódico alguno, y asi podrá suceder que ignore lo que se me conteste, tanto sobre mi anterior artículo, como sobre lo que paso á decir en este, si algun amigo no se toma la molestia de advertírmelo, como ahora me sucede.

«La rectificacion recae sobre las tres capacidades que llamo globos gasómetros y aéreotribsos, pues no debe entenderse que en los gasómetros se hace nunca un vacío absoluto, sino solamente de $1\frac{1}{3}$ de atmósfera, y en casos de apuro en que sea preciso vencer un huracan de $1\frac{1}{2}$ atmósfera, ni tampoco ha de creerse que los aéreotribsos son capacidades cerradas, como los recipientes, por ejemplo, de que habla Mr. Arnaud en su memoria impresa en París en el año de 1841, pues mis aéreotribsos están en contacto con la atmósfera, aunque alguna vez se encierran si lo exige la maniobra. Por último, un Eolo no se parece á nada de cuanto hasta aquí se ha visto ó escrito sobre ascensiones aereostáticas, siendo igual en el aire á un buque de vela en el mar, que sin gente para las maniobras carece de impulso y de direccion.

Por esta causa tengo tambien mi tripulacion completa y compuesta de jóvenes valientes que, tranquilos como yo sobre el resultado, esperan con impaciencia mis órdenes, y me preguntan cada dia de correo, porque al paso que serán muy buenos aeronautas, son tambien excelentes calafates para la construccion de un Eolo, como que hace ya algun tiempo me acompañan en todas mis esperiencias y trabajos.

«Una de las piezas de cada Eolo es un aparato ó máquina con el cual fabrico el hidrógeno puro sacándolo del agua. Este aparato se construyó en Medina hace cuatro años por el herrero José de Ribas y por el carpintero Cayetano Castellet, habiéndose encendido en la habitacion de una casa propia de las señoras de Butron contigua á la herrería, á quienes pagué el alquiler correspondiente, y aunque creo imposible que la invencion del señor don Vicente Calderon se parezca á la mia, pues ni tengo el honor de conocerlo y hasta ignoraba que el gas sacado del agua se hubiese aplicado al alumbrado, sin embargo, he creido oportuno descender á tantos detalles y hasta citar nombres, para que no entienda ese caballero cuando sepa que dentro de cada Eolo se fabrica el gas ne-

cesario, que yo le he usurpado su invención.

«Dejar de poner yo mi máquina ó aparato es imposible sin trastornar todo mi plan de navegación, pues construido una vez y puesto flotante un Eolo de suficiente magnitud, es como un bergantin en el mar, que una vez botado al agua ya no necesita volver á tierra en muchos años, y antes al contrario, huye de ella, porque todo su peligro está en la costa, en los escollos; así tambien cuando yo temo algun [peligro es solo á la entrada y salida en las ciudades, porque entonces se me querrá exigir lo que un bergantin no puede hacer en el agua, y es que me encallejone en términos de no poder manobrar, porque al fin será forzoso descender (á lo menos al principio) en alguna plaza ó calle, y los marinos saben muy bien que por anchas que ellas sean, siempre resultarian muy estrechas en el mar si se viesen encallejonados en ellas sin haber podido antes tirar siquiera un ancla. Por esta razon dije á S. M. (Q. D. G.) en el memorial de 29 de octubre, que atracaria al balcon principal de palacio, pues recuerdo que uno de los lados de la Plaza de Armas dá al campo, y pienso entrar por él con la menor velocidad

posible y atracar luego al balcon por medio de uno ó dos bicheros.

«Llevo, pues, mi máquina de gas para remediar una avería sin necesidad de descender, de forma que aunque tenga bajo de mis pies el Océano y me encuentre á 500 millas de tierra, si entonces se me rompe uno de los globos, yo no caigo, porque remedio la avería en el aire, y mis aeronautas son tambien por la misma razon calafates eólicos; pero esto conozco que necesita alguna aclaracion.

«Un Eolo se compone de dos aparatos distintos completamente independientes y separados: con el uno se asciende, con el otro se descende; y en ambos casos siempre hay la misma direccion. De aquí resulta que cuando uno de aquellos aparatos trabaja, el otro está inerte y plegado, de forma que es absurdo suponer que ambos se pueden romper á un mismo tiempo, porque no puede haber efecto sin causa, y suponer que piezas destinadas á ejecutar un trabajo cualquiera se han roto durante el tiempo en que están paradas, es suponer un imposible.

«Eso seria lo mismo que decir se habia perdido un bergantin en el mar porque uno de sus palos se hubiese roto por descuido ú otra causa;

pues conservando sano su casco, si le fuera posible colocar el palo en su sitio como coloca una pequeña vela que se ha roto, es evidente que podría seguir navegando á su destino. Así, un Eolo, si tiene la desgracia de perder uno de sus globos, pone otro con la misma facilidad que un bergantin su vela, sosteniéndose mientras trabaja la máquina de gas en ese otro aparato que dije hace poco estaba inerte, con la ventaja sobre el bergantin de que pueda continuar su camino durante el tiempo en que se esté remediando la avería.

« Pero supondré todavía mas para quitar hasta el mas pequeño asomo de miedo. Imaginemos que hay un dia tan aciago para mi Eolo que mientras atiendo á la avería del globo roto, se rompe tambien el otro aparato: ¿caeré yo entonces con mi tripulacion á ser pasto de los peces en medio del Océano? Tampoco, y aquí es donde se siente la absoluta necesidad que tengo de mi máquina de gas.

« Repito que ignoro absolutamente cómo lo fabrica el señor don Vicente Calderon; de mí sé decir que despues de hecha la descomposición, aprovecho la fuerza expansiva de los gases debida al calórico de que entonces se en-

cuentran cargados para mover un embolo muy parecido al de las máquinas de vapor, y que en ese caso extremo, que antes he supuesto, aplico la fuerza de cuatro ó cinco caballos, que me proporciona mi maquinita al punto necesario para no perder la velocidad inicial que ya traia, quedándome en este caso poco mas ó menos, como el Ariel que se ensayó en Inglaterra. Es indudable que perderá por grados velocidad y altura, pues creo haber probado en mi anterior artículo que ayudado solo de una máquina de vapor es imposible volar; pero tengo calculados los tiempos y volúmenes de tal modo, que antes que mi Eolo pueda tocar á la superficie del agua ya estará remediada la primera avería, y con el globo henchido de gas podré continuar mi viage, remediando en seguida con despacio y comodidad la segunda, y sin haber tenido otro quebranto que un poco de alijo en el lastre, que se compone en todos los Eolos de carbon de piedra, alguna agua y otras sustancias, cuyo nombre callo por temor de perjudicar tal vez al señor don Vicente Calderon, si acaso nos hubiésemos encontrado en los mismos medios de descomponer aquel líquido.

—«De lo dicho resulta, que me conviene en

viages largos alcanzar grandes alturas, y como segun todas las observaciones que he podido recoger, esto no es posible por causa del excesivo frio que se siente luego que se encuentra uno fuera del alcance del calórico radioso que la tierra despide, tiene mi maquina de gas el tercer empleo de servirme de calefactor ó estufa, para lo cual los tubos de la chimenea y los demas que de ella salen, son las cuadernas y varengas de mi navecilla ó buque, como yo le llamo.

«Si agregamos, en fin, que yo no he de colocar pieza alguna en su sitio sin haberla sometido antes á una presion doble de la que deberá sufrir segun mi cálculo, creo se convendrá conmigo en que ninguno de los medios de trasporte conocidos ofrece mas garantías de seguridad que un Eolo; en efecto, si una señora que pasea en el Prado de esa córte, tiene la desgracia de que se salga del eje una de las ruedas de su linda carretela, infaliblemente toca en tierra, porque no hay otra carretela debajo que impida su caída; pero en mis Eolos existe esa segunda carretela, y si ella tambien falta, se dispone de la fuerza de cinco caballos de vapor, y si estos no se aplican oportunamente porque la tripulacion

ha perdido el valor, última cualidad que debe perder un hombre, y amilanada y confusa se deja venir á tierra, aun le queda un para-caida para cada hombre, y si tampoco aciertan á desplegarlos, todavía es muy difícil que peligren si caen en tierra firme, porque mi buque lleva dos zunchos de acero templado que han de caer forzosamente debajo, y ó se han de hincar en tierra ó han de romperse: si lo primero, todo el golpe se reduce al sacudimiento de esos muelles; y si lo segundo, no se recibe mas golpe que un vuelco desde la altura en que se hayan roto los zunchos hasta el suelo, cuya altura no puede esceder de dos varas.

«Queda de vds., señores redactores, su agradecido servidor q. s. m. b.—Pedro Montemayor.—Medina-Sidonia 13 de noviembre de 1847.»

A vista de tan gran fé y de tanta seguridad, menester es ya convenir en que para el señor Montemayor es mas sencillo y menos arriesgado y espuesto venir de Cádiz á Madrid por los aires que dar un paseo á pié por las calles de Medina-Sidonia, aunque estuvieran barnizadas de asfalto. *¡Mirabile dictu!* Admira el decirlo, y admirará mas el verlo..... si lo que vemos no es alguna lástima. La fé sin embargo debe salvarle.

Réstanos ya solamente dar cuenta á nuestros lectores de la mas reciente ascension aerostática que sabemos se haya verificado, mas aun que la que ha hecho Mr. Guillot en Valencia el domingo 14, á saber, la de Fray Gerundio y Tirabeque en compañía de Mr. Arban en la tarde del lunes 15 de noviembre de 1847, cuya relacion constituirá la 2.^a parte de este folleto.

CAPITULO I

DESCRIPCION Y DESCRIPCION

Hallábase mi paternidad muy reverenciada en la próxima tarde de 14 de noviembre en compañía de mi hijo y miy arañá los Sr. Pelegrin Tirabeque, con el objeto literario de que han interesado al público todos los periódicos, y habiéndose agotado de pensar en hacer viajes aerostáticos cuando se anunció en aquella ciudad el ascenso aeronauta Mr. Arban, cuyos viajes aerostáticos tanto han llamado después la atención en esta corte. La facilidad y felicidad con que hizo allí sus dos ascensiones en dos dias siguientes con sus

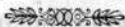
estas Héctares ya solamente dar cuenta á nuestros
colaboradores de la más reciente ascension botánica
de que se han de haber verificado, mas aun que
el trabajo ha hecho Sr. Gallot en Valencia el do-
mingo 1.º de abril, la de Fray Gerónimo y Ti-
baldos en compañía de Mr. Ardan en la tarde
del lunes 15 de noviembre de 1817, cuya rela-
ción constará en la 2.ª parte de este folleto.

La obra de este género de plantas, que se ha
de publicar en el presente año, se divide en dos
partes, la primera de ellas se llama el Jardín de
las plantas de Fray Gerónimo y Tibaldos, y la
segunda el Jardín de Fray Gallot.

En la primera parte se describen las plantas
de Fray Gerónimo y Tibaldos, y en la segunda
las de Fray Gallot.

A vista de esta obra, y de la de Fray Gallot,
se ve que el Jardín de Fray Gerónimo y Tibaldos
es el más rico y el más interesante que se ha
visto en España, y que el Jardín de Fray Gallot
es el más rico y el más interesante que se ha
visto en Valencia.

PARTE SEGUNDA.



VIAGE AEROSTATICO DE FR. GERUNDIO Y TIRABEQUE.

CAPITULO I.

RESOLUCION Y PREPARACION.

Hallábase mi paternidad muy reverenda este próximo pasado estío en Barcelona en compañía de mi fiel é inseparable lego Fr. Pelegrin Tirabeque, con el objeto literario de que han informado al público todos los periódicos, y harto ageno de pensar en hacer viages aerostáticos; cuando se anunció en aquella ciudad el célebre aeronauta Mr. Arban, cuyos viages atmosféricos tanto han llamado despues la atención en esta córte. La facilidad y felicidad con que hizo allí sus dos ascensiones en dos domingos consecuti-

vos, la una solo, la otra en compañía de un aficionado, y de que mi reverencia fué uno de tantos testigos presenciales, me inspiró el deseo y me sugirió la tentacion de solicitar me admitiese de consócio ó compañero de viage para otra ascension que verificára. Pero tuve la flaqueza de confiar este pensamiento á mi lego Tirabeque, el cual desde luego declaró, como yo debí prever y esperar, una oposicion abierta y decidida á la realizacion de mi atrevido proyecto: con cuyo motivo mediaron entre amo y lego los razonamientos siguientes:

—Por amor de Dios le suplico, señor mi amo, comenzó Pelegrin á decirme, que no haga tal travesura, si en algo aprecia su vida y la mia; y digo la mia, porque aunque yo me quedára en tierra, mi corazon estaria tan en el aire como el globo, y si vd. se me llegára á desgraciar por un capricho como ese, puede vd. estar seguro que me moriria de pena. Y así deje vd. á ese Mr. Arban que se suba por los aires cuando guste y se baje cuando pueda, que él se entenderá y sabrá lo que se hace, y sobre todo ese es su modo de ganar la vida y para eso le dan buen dinero, y no que á vd. nadie se lo ha de pagar, ni es tampoco propio de su esta-

do ni viene al caso por ninguna razón ni estilo.

—Bien conozco, Pelegrin, le dije, que tu oposicion nace de los peligros que te imaginas y que tu natural timidez te exagera y abulta. Pero esos temores estuvieran en su lugar antes de los nuevos descubrimientos con que se ha ido perfeccionando el arte areonáutico, y antes de los dos egemplares ó casos prácticos que has visto en Mr. Arban, cuyas felices ascensiones y descensos deben convencerte de que no hay ese peligro que tu apocada imaginacion te representa tan grande. Desde los primeros ensayos de los hermanos Montgolfier hasta nuestros dias se ha adelantado mucho en el arte de la navegacion aerostática. Y en cuanto á que esto desdiga de mi estado, tambien te equivocas mucho. Dos célebres jesuitas, Lana y Gusmao, se elevaron en globos y aparatos de su invencion; y aunque es cierto que el segundo fué tratado de brujo y hechicero, y que le persiguió el Santo Oficio y tuvo que abandonar á Portugal y refugiarse á España, tambien lo es que ahora no hay inquisicion, y que las ascensiones aerostáticas no se tienen ya por hechicerías sino por resultados muy naturales de las leyes físicas.

—Ya sé yo, mi amo, que los Jesuitas inven-

tarón muchas diabluras, pero nosotros ni somos Jesuitas ni estamos en ese caso. Cuanto mas que segun yo tengo entendido, muchos de esos argonautas que se subieron por los aires bajaron mas de prisa de lo que ellos se habian propuesto, y se rompieron, comose suele decir, la estampa, y lo fueron á contar al otro mundo, y es bueno escarmentar en cabeza ajena, y queden las leyes físicas en su lugar.

—No te negaré, Pelegrin, que muchos aeronautas, y no argonautas como tú dices, pagaron caro su arrojo ó su arrogancia, ó su deseo de gloria, ó acaso la buena intencion de hacer experimentos y exploraciones útiles á la humanidad, y esto suele suceder siempre en los ensayos que preceden á los grandes descubrimientos. Lo que la fábula fingió de Icaro de haberse caido al mar por querer subir al cielo, ha sido despues una realidad respecto á varios aeronautas. Juan Bautista Dante se rompió un muslo en una de sus tentativas de ascension. Baqueville y Calais se fracturaron cada uno una pierna, al modo de Vulcano, por habérseles roto algun muelle del aparato en que subieron. A Pilastre du Rozier y Romain se les incendió el globo al querer atravesar el Canal de la Man-

chá á egemplo de Blanchard, y fueron víctimas de su emulacion y de su temerario arrojo. El mismo Blanchard, uno de los mas famosos aeronautas que se han conocido, y á quien el arte debe muy útiles descubrimientos, despues de haber verificado muchas ascensiones con felicidad, murió de resultas de una que hizo en La Haya, en que le atacó una apoplegía. Su viuda pereció tambien despues de 67 ascensiones, por haberle sobrevenido en la última de ellas una hemorragia. Y de estos casos y egemplos pudiera citarte varios: pero esto sucedia en los tiempos en que decia el sábio Franklin: «El arte aeronáutico es un niño que acaba de nacer.» Pero tambien añadia el mismo Franklin: «Este niño crecerá y se robustecerá con el tiempo, la esperiencia y los adelantos científicos.» Y en efecto, Pelegrin, los adelantos que se han hecho han sido grandes.

—Desengáñese vd., mi amo, que si ese niño en tiempo del señor Flaquin acababa de nacer, tengo para mi que todavía ha de estar en mantillas. Y bástanme, y aun me sobran, los casos que vd. ha citado de los que se estrellaron por querer andar por los aires, para que yo le aconseje á vd. que no se meta en esos dibujos, que si

en otro cualquiera sería temeridad, en un Fr. Gerundio fuera locura, y vd. perdón que le hable así, que mas vale que se lo diga yo con tiempo, que no que se lo avise y enseñe una caída como las de aquellos otros ciudadanos.

—*Distingue tempora*, Pelegrin; aprende á distinguir de tiempos. ¿No ves la facilidad con que hoy se remontan los hombres diariamente en globos, en Inglaterra, en Francia, en Italia, en Alemania, en Rusia, y aun en España, dando divertidos espectáculos al pueblo, sin que haya que lamentar sino tal cual desgracia ó contra-tiempo muy raro? ¿No has visto por tus mismos ojos á ese Mr. Arban subir y bajar dos veces sin novedad alguna, despues de haber tenido el gusto de dar su paseo aéreo entre los aplausos de la multitud? Y no creas que son estas la primera y segunda vez, sino acaso la undécima y duodécima.

—Lo creo, si señor, pero tanto podrá ir el cántaro á la fuente, que deje el asa ó la frente. Y aun la frente temo yo que se le rompiera mejor que el asa. Y sobre todo, mi amo, que suban los que lo entienden y lo han tomado por oficio, no que un simple aficionado. Por que lo primero que pienso yo ha de necesitarse para

subir á esas alturas es una cabeza muy firme y que no se desvanezca, y esta la tienen muy pocos. Dígolo, mi amo, porque conozco yo muchos hombres que sin salir de la tierra, y sin mas que porque un airecillo cualquiera de fortuna los ha empinado un poco, al momento se les ha ido la cabeza, y ya no han visto ni oído lo que tenían encima y debajo de sí, y ha sido causa de que cuando se creían mas seguros hayan dado una caída mortal. Y de esto se ve diariamente todos los dias; por lo que tengo para mí que ha de ser achaque de la flaqueza humana, esto de que apenas se remonta un hombre algo qué sobre los otros, ya se desvanece y no ve ni siquiera lo que está viendo el mascorto de vista. Y esto es lo que yo temo, mi amo, que acaso le diera á vd. algun baguido....

—Creo, Pelegrin, que yo no me desvanecería. Y dime, ¿no convienes en que deberá sentir un placer inesplicable el que se ve elevado sobre las mas altas torres y edificios, sobre las cimas de las montañas mas encumbradas, sobre las aves mismas del cielo? ¿No te parece que deberá experimentarse una sensacion sublime al contemplar desde allí la pequeñez de los hombres mas grandes y la humildad de los palacios

mas suntuosos, abarcar de un golpe de vista la variedad de los paises que nos rodean, ver lo que está pasando en muchas partes á un tiempo, y sobre todo considerarse el hombre como un soberano que lo domina todo, y sobre el cual nadie manda ni ejerce jurisdiccion, al menos por algunas horas? ¿Y dónde me dejas la parte de la gloria, y esa satisfaccion del amor propio de verse hecho el objeto de las miradas de un pueblo numeroso que aplaude, celebra, y aun envidia la intrepidéz del que se atreve á lanzarse al través de un elemento que se tiene por indominable, y andar de boca en boca el nombre del arrojado aeronauta, y ser llevado á todas partes por esas trompetas de la fama que llaman periódicos, y luego descender magestuosamente y contar lo que se ha visto desde allá arriba?

—Todo eso está bien, señor mi amo, si no fuera el peligro de bajar de prisa y estrellarse contra un peñasco de esos que desde arriba parecerán tan chiquititos, ó que se levante un ventarron que le arroje á uno á las islas Californias ó al Cabo de Buena Esperanza, que para mí ni sería esperanza ni buena, sino desesperacion y muy mala, ó acaso zambullirse en cuerpo y alma en el mar, como aquel Pícaro de quien vd. ha hablado....

—Icaro has de decir, Pelegrin, que no Pícaro. Pero en cambio de esos peligros tambien podiamos tener la fortuna de que el viento nos llevara derechos de Barcelona á Madrid y á nuestros barrios en una sola noche, como llevó á Mr. Garnerin en 1804 en una sola noche de París á Roma, ó como llevó á Mr. Green en 1836, de Lóndres á Nassau en Alemania.

Y ahora voy á convencerte de que debes tú subir tambien conmigo, por lo mismo que eres tan tímido y receloso; porque han de ser muchos menos los peligros que corramos yendo por los aires, que los que tenemos que correr por cualquiera de los otros dos caminos que hay de aquí á Madrid. Puesto que si vamos por Zaragoza, nos esponemos á caer en manos de los *matinés* catalanes, cosa que ni á tí ni á mí nos agradaria; y si vamos como vinimos por Valencia, suponiendo que pasáramos con felicidad el bendito golfo de San Jorge, nos quedaria luego ese camino de Valencia á Madrid, que es otro golfo de tierra, en que el carruage marcha constantemente á guisa de fluctuante barco, y en que el mayoral y el zagal tienen que hacer oficios de diestro piloto y activo contra-maestre, y aun así el credo no puede separarse de la boca del viajero cristiano, porque

cada paso es un escollo en que hay peligro de muerte.

—Así es la verdad, mi amo, que en la patria de Tirabeque el que ha de andar por los caminos necesita ir preparado como si hubiese de colmugar. Y ya me voy inclinando á creer que el modo mas seguro de viajar ha de ser el de ir por los aires, que al fin y á la postre si de todas maneras ha de ir uno espuesto á dar un batacazo, vale mas que sea despues de haber tenido el gusto de volar, y de cantar: «Gloria á Dios en las alturas.»

—Cuando ya con estas razones tenía medio conquistado á Tirabeque, Mr. Arban se nos vino á Madrid. Nosotros le seguimos con algunos dias de posterioridad, llegando al tiempo preciso de verle hacer su ascension en esta córte, lo cual me dió ocasion para alentar de nuevo á Tirabeque á que me acompañara en mi proyectada espedicion aérea.

Otra circunstancia vino tambien en mi auxilio; la de tantos aficionados como solicitaban de Mr. Arban la misma gracia que yo.

—Ea, Pelegrin, le dije, menester es que depongas de una vez tu pusilanimidad y tus temores: me consta que pasan ya de media docena

los aficionados que pretenden hasta con empeños ascender con Mr. Arban, y sentiré mucho que este ejemplo, capaz de animar al hombre mas apocado, no baste á hacerte desechar ese miedo, que es ya un miedo pueril, y que ciertamente te honra poco.

—Señor, me respondiô, en cuanto á que haya en Madrid muchos que quieran ascender no me maravilla, porque en la córte al solo anuncio de un ascenso, así acuden los pretendientes como moscas á plato de miel; y lo que extraño es que no se hayan presentado mas que esa media docena que vd. dice.

—Mira, Pelegrin, eso es buscar interpretaciones maliciosas á las cosas mas sencillas, lo que prueba que no has perdido tus antiguas mañas y costumbres: cuanto mas que no se trata de ascenso sino de ascension. Y digo y repito que debes animarte, porque aquí tampoco hay mar como en Barcelona, donde recordarás que vimos á Mr. Arban un buen espacio sobre él, hasta que buscó otra corriente de aire que le llevó á tierra. Anímate, pues, Pelegrin mio, y no vaciles mas: todo lo hace una buena resolucion. ¡A bien que tendras tú poco gusto despues en contar tantas y tan variadas cosas

como veremos en aquellas altas regiones ! »

Estuvo Tirabeque profundamente pensativo un buen espacio, al cabo del cual, dando de repente una palmada. «Señor, me dijo, me resuelvo á ir con vd.: que no se diga nunca que un lego que no se separó de su amo en la tierra le abandonó en el aire ; correré la suerte de vd., mi amo, y si por querer nosotros subir á las estrellas quiere Dios que nos estrellemos, á lo menos se podrá poner en mi sepulcro este epitafio: «Aquí yace un lego fiel, que por seguir á su amo así en la tierra como en el cielo, cayó cuando mas levantado estaba. Pasajero, reza un Padre Nuestro por su ánima, que bien lo merece.» Y luego añadió: «Señor, diga vd. á ese Mr. Arban que la merienda para el camino corre de mi cargo, que las posadas que hemos de encontrar por allá que me las claven á mí en la frente.»

Reíme, yo Fr. Gerundio, de las originalidades de mi lego, y satisfecho de su resolucion pasé á concertar con Mr. Arban el modo y forma como habia de realizarse nuestro proyecto. Le manifesté mi pretension y añadí: «Yo no quiero que nuestra ascension sea limitada á 200 pies de elevacion, y en globo que llaman vds. cau-

tivo, sujeto por medio de una cuerda, segun ha ofrecido vd. para los demas aficionados en la funcion anunciada por carteles. Quiero ir en globo libre, y correr la suerte del verdadero aeronauta; porque para una libertad restringida, señor Arban, no hubiera yo pensado en desprenderme de la tierra, que harta hay por acá de ese género, y esto de tirar de la cuerda y cortar los vuelos, hay aquí muchos que lo hagan á las mil maravillas con todo el que lleve trazas de remontarse un poco. Tampoco quiero servir de espectáculo al pueblo en una plaza de toros, porque esto desdice de mi estado, pues ha de saber vd. que yo soy un fraile esclaustrado para lo que vd. quiera mandarme, y el que nos ha de acompañar es mi lego, tambien servidor de vd. Así, pues, nuestra ascension ha de verificarse desde un lugar apartado y fuera de poblacion, de modo que no pueda decirse que damos una funcion pública, puesto que mi objeto no es hacer alarde de intrepidez, sino gozar del placer de la aerosacion y contar despues á mis compatriotas lo que haya visto y observado desde aquellas alturas.»

Un poco peregrina pareció á Arban la proposicion, y no dejó de oponer bastantes reparos,

que fueron objeto de una discusion amistosa. Pero entramos en tratos, transacciones y arreglos que no son de la jurisdiccion del público, y quedamos al fin en que se realizaria nuestra ascension en los términos que yo habia propuesto despues que se verificára la que tenía ya anunciada para los demas aficionados, y de la cual no podia desentenderse, por que mediaba ya un compromiso público.

Las diferencias y contestaciones que hayan mediado entre Arban y la empresa de la plaza, y las causas que á aquel le hayan impedido verificar la segunda ascension pública tan anunciada y esperada, no son de nuestra pertenencia ni nos toca examinarlas. Nuestro convenio era por separado, y nuestro trato habia de cumplirse. El sitio designado para hacer nuestra ascension era un campo al sur de Madrid y en direccion del cerro llamado de los Angeles. Allí, pues, nos encaminamos la tarde del 15, provistos de los aprestos correspondientes y de los precisos operarios, pero sin confiar el secreto á ningun amigo ni conocido, pues si teniamos la mala suerte de que nuestra empresa fracasára, cuantos mas la ignoráran sería mejor, y si éramos en ella afortunados, tiempo nos quedaba

de contarles nuestras glorias y satisfacciones. Cuando nos vimos en el sitio en que habia de realizarse nuestra aventurada expedicion, Tirabeque comenzó á temblar como un cuákaro: su respiracion era frecuente, dificultosa y convulsiva, crispábasele la piel, contraíansele los músculos, y en cuanto á las piernas parecia habersele bajado á ellas el alma, segun la espresion de Homero. En verdad llegué á temer por su salud, y tuve momentos de arrepentirme de haberle puesto en aquel caso. Por último imitando yo á César le dije: «¿Qué temes, Pelegrin? Va tu amo contigo.»

—Señor, me respondió, aunque vd. vaya conmigo tengo un miedo que no lo puedo remediar; hágase vd. cargo que soy un pobre lego ignorante.

—Esa no es razon, Pelegrin, le dije : acaso los hombres mas sábios son los mas medrosos y tímidos. Bien sábio era Demóstenes, y sin embargo al volver huyendo de una batalla era tal el miedo que traía, que rindió las armas á una zarza en que se le habia enredado una parte de su vestido, creyéndole un enemigo que le intimaba la rendicion. Bien sábio era Mr. Biot, y bien entendido en esto de globos aerostáticos,

y con todo tuvo miedo al subir con Gay-Lussac, y cuando estuvo arriba se atonteció y no pudo hacer sus observaciones, y cuando Gay-Lussac volvió á ascender segunda vez ya no se atrevió á acompañarle. Así, pues, el miedo no es hijo de la ignorancia, sino que está en la masa de la sangre y en el corazón de cada uno. Pero en fin, este ya es caso de compromiso, y no hay remedio sino sacar fuerzas de flaqueza.»

Despachó Mr. Arban dos globos-correos, y viendo que no ofrecía peligro la atmósfera, dió la orden de entrar en la barquilla, en la cual procuramos que no fuera el último á entrar Tirabeque, á fin de que no se nos quedara en tierra rezagado, y á otra orden de Arban los auxiliares soltaron las cuerdas antes que Tirabeque acabara de santiguarse.

CAPITULO II.

LA ASCENCION.

El globo se desprendió de la tierra, y en un momento nos vimos remontados á una altura considerable. Tirabeque animado con la suavidad agradable y casi insensible de un movimiento que tanto habia temido, adquirió una serenidad que yo mismo admiraba.

—Señor, me dijo, aquí si que se respira aire puro.

—Y se respirará mas, le respondí, cuantomas apartados estemos de la atmósferacorrompida de la córte, mejor todavía hácia los espacios inhabitados, que es á donde caminamos nosotros, que hácia otras poblaciones, á donde mas ó menos llega y se difunde la corrupcion atmosférica de la córte, que es sobremanera difusiva.

«Aquí, Pelegrin mio, añadí, nos veremos libres de ese aire pestilente y maléfico, al rededor del cual se agitan como en un torbellino las am-

biciones y las intrigas; aquí no oirémos el lenguaje falso de los cortesanos aduladores, en que como decia Racine, está completamente en contradicción lo que se piensa con lo que se dice, y jamás el corazón anda de acuerdo con la boca: aquí no nos incomodará la presencia de los pe-tardistas de oficio, y de los ociosos que viven de la estafa: aquí no distinguiremos la mirada altiva é insultante del rico improvisado que levantó su fortuna sobre la ruina del pobre ó sobre la miseria del pueblo: aquí no divisaremos esos camaleones de la política que se llaman hombres de partido: aquí no encontraremos esos vendedores de empleos, ni esos empleados que se venden: aquí no nos atormentará el zumbido de esos enjambres de pretendientes importunos, ni el sonido de esas palabras engañosas con que son lastimosamente entretenidos: aquí estaremos apartados de esa juventud egoísta y codiciosa, que hasta se burla de los sentimientos nobles y generosos; aquí no hallaremos esa nueva aristocracia del dinero, mas intolerable y mas orgullosa que la aristocracia de la cuna; aquí, en fin, nos veremos libres de ese horno encendido en que fermentan las malas artes y pasiones conjuradas contra la sinceridad y la inocencia....

—Y aquí, mi amo, añadió Tirabeque, no oirémos los largos discursos de los diputados que empiezan á reunirse hoy, para decirse en medio de un mar de palabras que peores han sido los otros, y contestar estós otros en discursos de legua y media que peores son ellos.»

A estediálogosiguó un intérvalo de silencio. No puede darse una impresion mas estraña que la que se siente al advertir que ya no llega á aquellas alturas ningun género de ruido, que hasta el murmullo lejano se ha apagado completamente. Aquel silencio es imponente y melancólico. Toda la naturaleza parece muerta. Nos contemplábamos como los únicos habitantes de un mundo vacío. Es triste aquella sensacion.

Poco á poco nos fuimos animando á mirar háciala tierra, y nuestrascabezas se encontraron mas firmes de lo que yo esperaba de mi lego y aun de mí mismo. Por un impulso natural dirigimos á un tiempo nuestra vista hácia Madrid, cuyas casas y edificios semejaban á lo lejos un grupo de cabañas pegadas unas con otras, pues no se distinguian calles ni plazas, y antojábaseme imposible, á mí Fr. Gerundio, que en tan humildes viviendas se abrigára tanto orgullo humano. El palacio real sobresalía algo sobre las

demas casas. Yo se le enseñaba á Tirabeque, y no le conocia.

—Mira mas á occidente, le decia yo.... No, hombre, si miras al norte.... Allí en direccion de mi dedo.... ¿No conoces el Real Palacio?

—Señor, ó yo tengo la vista muy conturbada, ó ese palacio se ha cambiado enteramente, porque yo no le conozco.

—¿Cómo ha de haber cambiado el palacio, hombre?

—Yo le diré á vd., mi amo Fr. Gerundio: como allá interiormente ha habido tantos cambios de decoraciones de un tiempo á esta parte, y los hay todos los dias, y no será estraño que le encontremos mas cambiado cuando bajemos de los aires, tampoco me maravillaría que hubiera habido alguna mudanza por la parte de fuera, porque de fuera vendrá quien de casa nos echará.

—¡Válganos Dios, Pelegrin, y cuán fuera de propósito echas los refranes cuando estás en el aire!

—Señor, aunque los digo en el aire, acaso no los digo al aire. Y ahora, si el Sr. Arban me hace el favor de su antejo, voy á mirar una cosa.»

Dióle Arban su antejo, y púsose á mirar

1870

1. The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the world, and to a description of the various methods which have been employed by historians in the collection and arrangement of their materials.

2. The second part of the book is devoted to a description of the various methods which have been employed by historians in the collection and arrangement of their materials.

3. The third part of the book is devoted to a description of the various methods which have been employed by historians in the collection and arrangement of their materials.

4. The fourth part of the book is devoted to a description of the various methods which have been employed by historians in the collection and arrangement of their materials.

5. The fifth part of the book is devoted to a description of the various methods which have been employed by historians in the collection and arrangement of their materials.

6. The sixth part of the book is devoted to a description of the various methods which have been employed by historians in the collection and arrangement of their materials.

7. The seventh part of the book is devoted to a description of the various methods which have been employed by historians in the collection and arrangement of their materials.

8. The eighth part of the book is devoted to a description of the various methods which have been employed by historians in the collection and arrangement of their materials.

9. The ninth part of the book is devoted to a description of the various methods which have been employed by historians in the collection and arrangement of their materials.

10. The tenth part of the book is devoted to a description of the various methods which have been employed by historians in the collection and arrangement of their materials.



Por un impulso natural dirigimos á un tiempo nuestra vista
hácia Madrid.



Tirabeque hacía un sitio, al parecer con mucho interés y cuidado. De tiempo en tiempo decía solamente: «posible es que sea alguno de ellos.» Lo cual me movió á preguntarle:

—Y bien, Pelegrin, ¿qué es lo que buscas con tanta solicitud, si se puede saber?

—No hay inconveniente, señor, me respondió. Se me figuró haber visto volar un papel, y como estábamos hablando de la Real Casa, se me discurrió si sería por casualidad alguno de esos 160 milloncejos de títulos del 3 por % que se expidieron por cuenta de atrasos; porque como habia oido decir que en la tierra no parecía sino una parte, pudiera ser que los demas hubieran volado y anduvieran por los aires, en cuyo caso sería muy fácil que nos los tropezáramos por aquí y se nos viniera alguno á las manos, que no nos vendría mal para gastos de viage.

—Mira, Pelegrin, no te metas tú en esas honduras, ni tales asuntos son de nuestra inspeccion tampoco. Lo mismo de esos 160 millones en títulos, que de lo demas perteneciente al Real patrimonio, así como de los desfalcos ó pérdidas que acaso haya podido sufrir en sus intereses etc. etc. , ahí están ya las Córtes reunidas, y á ellas les toca ajustar esas cuentas, y no fal-

tarán diputados celosos que lo pidan y hagan, y aun segun tengo entendido, se ha nombrado ya una comision encargada de reunir los antecedentes, datos y noticias necesarias sobre la materia, para obrar con arreglo á lo que resulte y convenga. Pero esto ellos son los que lo han de hacer, no nosotros que no tenemos carácter ni representacion alguna para ello.

—Señor, es que así como yo no quisiera quedarme en el aire, tampoco me gustaría que se quedáran en el aire esas cosas, y ya que mas no se adelantára, siempre sería bueno que se ventiláran como me ventilo yo.»

—Tirabeque no se habia equivocado. En efecto, un papel andaba undulando por aquellos espacios, y una corriente de aire parecia traerle hácia nosotros. «¿Qué será? decíamos. Titulo del 3 por % no puede ser, porque estos, lejos de subir ahora, mas andan por el suelo que por las nubes. Accion de sociedad anónima tampoco, porque tambien hace mucho tiempo que están caidas. ¿Qué será pues?

—Señor, decia Tirabeque, papel muy ligero debe ser este cuando le trae el aire á estas alturas.»

Ello es que se fué acercando tanto á nosotros

que pudimos alargar la mano y cogerle. En tales sitios un papel era una adquisición, y al verle impreso nos pusimos á leerle con curiosidad. Figúrese el lector cuál sería nuestra sorpresa al ver que principiaba: «SEÑORES SENADORES Y DIPUTADOS.—Con la mas grata emocion os veo nuevamente al rededor del Trono....»

Ya no nos quedó duda que era el discurso de la corona que acababa de leerse en aquel dia en la apertura de las córtes y que á alguno se le habia escapado y llevádole el aire. Todos nos felicitamos de que tan á la mano nos hubiera venido tan inesperado documento; y digo inesperado, porque no podíamos esperar ni imaginarnos siquiera el leerle en semejante sitio. Por lo mismo lo hicimos con mucha mas avidez que lo hubiéramos hecho en la tierra. Mi paternidad fué el que continuó:

«Alrededor del Trono, prontos, como siempre, á cooperar con vuestros esfuerzos á su mayor esplendor y firmeza, como al afianzamiento del órden y las instituciones que nos rigen, sobre cuyas bases descansa la paz y la felicidad de los pueblos.»

—Supongo, Pelegrin, le dije á mi lego, que este párrafo te parecerá muy bien.

—Pareciórame mejor, señor mi amo, me respondió, si S. M. hubiera omitido aquel «*como siempre,*» porque si lo hacen *como siempre,* tengo para mí que no será gran cosa lo que hagan. Y así opino que hubiera hecho mejor S. M. en decir: «Y espero que hareis algo mas de lo que acostumbrais y de lo que habeis hecho hasta ahora.»

Reíme de la observacion de mi lego, y continué leyendo de prisa el párrafo referente á las relaciones con las potencias estrangeras, y el de las provincias de Ultramar, teniendo que comprender en este último el que se refiere al estado de Cataluña, no porque tengan relacion uno con otro, sino porque así están comprendidos en el discurso, como si pudiera venirse de Filipinas á Cataluña de una alentada y sin siquiera un descanso. Mi objeto era no dejar lugar á Tirabeque á que me interrumpiese con importunas observaciones; pero el párrafo que seguia era tan largo, tan contra el laconismo propio de los discursos de la corona, que leído en la tierra difícilmente me hubiera alcanzado el aliento, cuanto mas en aquellas regiones en que la respiracion es siempre mas difícil. Afortunadamente como el párrafo se reduce á una vaguedad, nada

le ocurrió que observar á mi lego y proseguí:

«Al mismo tiempo os serán presentados los «presupuestos de ingresos y de gastos para el «año de 1848....»

—Eso es bueno, señor, me interrumpió Tira-
beque.

—Espera, hombre, le dije, y ten calma.

«Si no con la reforma radical que medita mi
«gobierno, y un dia someterá á la aprobacion
«de las Córtes, con las mejoras y economías que
«han permitido y permiten al estado de la ad-
«ministracion, las circunstancias del pais, y la
«premura del tiempo.»»

—Señor, como estamos en el aire, todo mi
gozo se lo llevó el aire tambien. Es decir que
ahora salimos con que la reforma radical de los
presupuestos *la está meditando* el gobierno, y
que *un dia* la someterá á la aprobacion de las
Córtes. Cabalmente, mi amo, casi todos los que
son ahora ministros lo han sido ya antes, y al-
gunos mas de dos veces, y todavía no han teni-
do tiempo de meditar esa reforma. ¿Cuánto tiem-
po querrán emplear en la meditacion esos seño-
res? A fé que no meditan tanto para sentarse en
las sillas. Así, pues, témome mucho, mi amo,
que antes que llegue ese *dia* se nos venga enci-

ma el del juicio, y las economías que entretanto han de hacer ellos, paréceme á mí que las podría meter Mr. Arban en el globo sin que por eso le hicieran mucho peso.

—Con calma y meditacion se han de hacer las cosas, Pelegrin, no hay para qué apresurarse. Y vamos prosiguiendo:

«Sucesivamente lo serán tambien otros proyectos de reconocida importancia y urgencia, como el que ha de proveer definitiva y dignamente á la dotacion del culto y del clero.....»

—Señor, me interrumpió Tirabeque, por cuenta las llevo; trece veces he visto eso mismo en los discursos de la corona y el clero no tiene pan que llevar á la boca, con que si las Córtes lo han de hacer *como siempre*, siga vd.

«El que determine el derecho de la imprenta con sujecion á los mas seguros principios y doctrinas constitucionales....»

—Bien sería, mi amo, y prosiga vd.

—«El relativo á la organizacion judicial con las mejoras y reformas posibles en cuanto á la administracion de justicia, con otros igualmente reclamados por las necesidades del país, y que las Córtes examinarán con el celo y actividad de que tienen dadas tan honrosas pruebas.»

—Eso de la actividad, mi amo, dijo Tirabeque, parece pulla.

«Por este medio (continuó leyendo) llegará al fin el anhelado momento de la reconciliación de todos los españoles, y en que extinguido hasta el recuerdo de las pasadas discordias, no se vean en derredor del Trono sino españoles hermanos....»

—Sin salir de las Córtes me lo diréis dentro de algunos dias, murmuró Tirabeque.

«Igualmente dispuestos á cooperar al afianzamiento de la paz pública, á cuya sombra solo se arraigan y prosperan las instituciones, hay garantías para el ciudadano, y dicha y libertad para los pueblos.»

«Señores Senadores y Diputados: esta es la grande obra á que hace tiempo están llamadas las Córtes con el Trono.»

—Señor, dijo Tirabeque, esa es la mayor verdad que contiene todo el Discurso: tiempo hace, y no poco, que están llamadas las Córtes á esa grande obra; pero tiempo hace tambien que así han hecho ellas la grande obra como si para tal cosa las hubieran llamado. Y vea vd. si hay por ahí algo mas que valga la pena.

—Nada mas, Pelegrin; concluye el discurso con las generales de la ley.

—Bien decía yo, mi amo, que en el hecho de subir tan arriba debia ser ese un papel muy ligero.

—Eso es precisamente lo mejor que tiene, Pelegrin, y ojalá la contestacion fuese aun mas ligera que él. Por lo demas ya has visto que no habla una sola palabra de lo pasado, en lo cual pienso que ha obrado prudentemente el gobierno, porque hay cosas que lo peor que puede hacerse con ellas es meneallas. En cuando al language y á las ideas, Pelegrin, no te digo mas sino que no merecia haber subido tan alto.»

Mr. Arban callaba á todo, y solo de cuando en cuando nos preguntaba si íbamos á gusto, á lo cual le respondiamos afirmativamente. Un airecito suave habia ido llevando el globo en direccion de Madrid, porque ya distinguíamos, aunque en pequeño, los huecos ó espacios de algunas plazas. En una de ellas llegamos á divisar con auxilio del anteojo grupos numerosos de hombres y de carruages.

—Aquellos, Pelegrin, le dije á mi lego, deben ser los diputados y senadores que salen

del salón del Senado, terminada la sesión regia. ¿No ves qué pequeños parecen desde aquí los hombres?

—Así es la verdad, señor, me respondió, como que ando buscando algún hombre grande, y no lo encuentro.

—Todo lo hace la distancia, le repliqué.

—Algo contribuirá, contestó él, pero no todo. Porque yo pienso que á los mas de ellos si se los mira de cerca y con cuidado allá en la tierra, se los encuentra tan chiquititos y menguados casi como parecen desde aquí. Especialmente los diputados, mi amo, me parecen hormiguitas.

—No tanto, Pelegrin, por Dios, pues por pequeños que quieras suponerlos...

—Señor, esto ya no lo digo por lo pequeños, aunque á muchos les viene bastante larga la ropa, sino porque ya en la tierra se me antojaban á mí hormiguitas en lo agenciositos y hacendosos, y en lo de no desperdiciar grano para su granero. Con la diferencia que las hormigas solo en el agosto hacen su recolección para el invierno, y para los diputados lo mismo es agosto que diciembre, que todos los meses del año, pues todos son buenos para hacer su cosecha.»

— Los hombres nos iban pareciendo cada vez mas pequeños , y es que el globo habia subido algo , porque Mr. Arban aligeró un poco al lastre de la barquilla. Otra corriente de aire nos fué alejando de Madrid , y á los pocos minutos nos encontramos perpendiculares sobre el camino de hierro de Aranjuez. Pero al propio tiempo que divisábamos como en miniatura los puentes comenzados para el ferro-carril, veíamos allá una diligencia dando tumbos, á la otra parte un carruage volcado y saliendo de debajo de él los viageros á la rastra, el uno con la cabeza rota y el otro con un brazo partido , al otro lado dos galeras atascadas , hechas trizas las ruedas y el eje , y en otra direccion unos pobres carreteros teniendo que llevar con mil penas sus carros por las tierras labradas , haciendo mil curvas , porque en España todo lo que no es camino está menos malo que lo que llaman camino.

—Esta es la España , Pelegrin , le dije yo á mi lego. Mientras los carruages van haciéndose añicos y los hombres magullándose por esos que llaman caminos de tierra , se están haciendo caminos de hierro que no han de poder servir sino para puro recreo y diversion.

—Eso quiere decir, mi amo, que la España siempre es el país de los vice-versas, así desde allá abajo como desde acá arriba.

—Una sola cosa veo con satisfaccion, Pelegrin. En cambio del mal estado de nuestras calzadas, y de no divisarse en muchísimas leguas un solo peon caminero, pláceme el estarlas viendo desde aquí cruzadas de guardias civiles, verdaderos guardadores de la seguridad personal de viajeros y tragneros, contra bandidos y salteadores.

—Eso es verdad, señor, y ya yo los habia visto y tropezádome muchas veces con ellos cuando andaba por la tierra. Gente muy atenta y honrada, y valiente ademas, y de los pocos que cumplen allá abajo con su deber y desempeñan los menesteres para que fueron criados: que si no se maléan, y Dios los conserva en su santa gracia, harán un buen servicio al país, y merecerán la estimacion de todos los hombres de bien: y aun yo sería de opinion que se aumentáran, aunque se disminuyera el ejército, porque me parecen pocos para atender á todas partes en una tierra en que de detras de un tomillo le salen ávd. tres rateros, y en menos tiempo que se echa abajo un ministerio en España, se arma una cuadrilla de bandoleros que en un santiamén le

libran á vd. á la vista, y le dejan mas limpio que la limpieza misma.»

Cuando estábamos en estos razonamientos observamos que el globo ni subia ni bajaba, sino que estaba estacionado como el papel de la Bolsa á pesar de la garantía del pago del semestre. Hicimoselo notar así á Mr. Arban, el cual reconociendo lo mismo que nosotros, manifestó ser la causa el excesivo peso que iba en la barquilla, por lo que procuró aligerarle derramando sacos de arena. Ni aun así subia el globo lo que unos y otros queríamos, y en su vista, y apurados ya los sacos de arena, propuso Arban que para aliviar al lastre se arrojasen tambien las provisiones de boca que habia llevado Tirabeque.

—Eso no, ¡voto á tal! exclamó mi lego: así consentiré en que se arroje la pitanza como en echarme yo de cabeza. Si el peso de la merienda es lo que estorba de subir el globo, ¿no vale mas que nos la embaulemos aquí entre los tres en buena paz y compañía, y no que así se desperdicie y pierda sin aprovechar á nadie?

—Pero ven acá, sandio y necio que tú eres: ¿no conoces, simple, que nada íbamos á adelantar, puesto que el peso que se trata de aligerar no haría sino trasladarse del canasto en que va

ahora á los estómagos nuestros en que iría despues? Semejárase esto á los arreglos de las plantillas ministeriales, en que despues de anunciarse grandes economías, redúcense estas á suprimir ocho plazas de á quince y crear cuatro de á treinta, ó al revés, y así se alivian con eso los presupuestos como se aliviaría la carga del globo con el traspaso que tú quieres hacer.

—Eso, mi amo, tiene sus mas y sus menos. En cuanto á lo de las plantillas estamos conformes, pero por lo que toca á la merienda no es así, si hemos de discurrir por lo que sucede en la tierra. Porque yo tengo observado que allí los que llegan á verse en algun alto puesto, como nosotros nos vemos ahora, aquellos que mas comen son los que mas suben, y el que por escrúpulos de conciencia ha dejado de comer y engordar, aquel ó no sube nunca, ó lo mas comun es que baje, y cuando baja es para no levantarse mas: y lo mismo tengo para mí que deberá suceder en el aire.

«Ademas, ¿sabe vd. bien, señor Arban, á qué precio están las subsistencias ahora? Pues ha de saber vd. que se van poniendo por las nubes, y que nunca se ha visto un escándalo seme-

jante, y que si sigue esto así llegará el caso que se mueran de hambre los pobres, siendo lo peor de todo que no hay una causa ni motivo para ello, sino que la culpa la han de tener esos que llaman caparadores ó acrapadores, que debe ser gente sin conciencia y sin caridad; por lo que el gobierno debería poner mano fuerte y no tardando en el negocio, sin hacer caso de los reparillos que le pongan algunos periódicos, porque lo primero de todo es que no falte lo necesario para vivir, y en España no debe faltar por ahora, digan lo que quieran, y todo lo demás no puede ser sino picardía. Y así repito que mi merienda debe respetarse.»

Las razones de Tirabeque eran en verdad poderosas, pero nuestra situación no nos permitía atenderlas, ni aun entretener mucho tiempo en diálogos y discursos. Semejantes al que se vé en peligro de naufragio, que arroja al mar las mercancías de mas estima, acordamos Arban y yo de comun conformidad tomar la cesta de las provisiones y arrojarla al suelo. Tirabeque la siguió con los ojos como un amante sigue á su amada que se aleja, con poca ó ninguna esperanza de volverla á ver. Cuando la perdió de vista lanzó de lo mas hondo de su corazon un sus-

piro tan fuerte, que produjo una oscilacion sensible en el globo.

Otro apuro y compromiso mayor le esperaba todavía. Por los grados que marcaba el barómetro, por la pluma que lleva Mr. Arban para conocer cuándo el globo asciende ó desciende, y hasta por la simple vista conocíamos que el globo no se elevaba, aun con haber aligerado tanto la estiba de la barquilla: lo que hacia únicamente era andar hácia sudeste. Tal paralización, sobre no llenar nuestro objeto de remontarnos hasta la mayor altura posible, comprometia la reputacion del aeronauta, pues podia atribuirse á su falta de inteligencia y habilidad. Esto le obligó á decirnos:

—Señores, estoy convencido y veo prácticamente que el peso de tres hombres es demasiado para remontarse á una regular altura, atendido el diámetro del globo y la naturaleza del fluido atmosférico de la region en que nos hallamos. Por lo que, aunque me sea muy sensible tener que proponerlo, es de absoluta necesidad que uno de los tres haya de bajarse, y me parece justo que sea el señor Tirabeque.

—¡Yo !!! exclamó Pelegrin asustado: ¡yo bajar ahora! ¡Ya bajará vd., señor Arban, y estése á

las resultas, y ayúdele Dios como pueda, y sinó hubiera mirado bien lo que hacia antes de comprometer así á dos hombres honrados que han echado sus cuerpos al aire confiados en vd.: con que baje vd. si le acomoda, una vez que aquí sobra uno, que lo que es el hijo de mi madre no bajará sin enviar á vd. por delante, para me que enseñe el camino de la tierra ya que ha querido enseñarme el del cielo.

—Eso no me parece justo, Pelegrin, le dije yo. Suponiendo que alguno ha de tener que descender, y que no querrás que este uno sea tu amo, á nadie le toca sino á tí; porque ¿qué habiamos de hacer nosotros faltándonos la inteligencia para el manejo de la válvula y demas maniobras mecánicas, y sin la direccion de Mr. Arban?

—Señor, nosotros nos compondrémos como podamos para manejar esa bárbara, ó bárbara, ó como se llame, que la peor de las bárbaras es estampanarse contra el suelo, y sinó navegaremos á la buena ventura y donde el globo nos lleve, y en esto no haremos sino obrar á lo ministro de la tierra, que así suelen navegar sin rumbo ni plan ni cosa que lo valga, y no son los que se mantienen menos tiem-

po aunque sea en el aire como nosotros, y al fin y á la postre cuando bajan caen bien en blando, y no nos ha de querer Dios á nosotros peor que á ellos, si hemos de mirar á lo que cada cual le ha ofendido. Y así deje vd. que baje el señor Arban, y que su fortuna le valga, ó se hubiera mirado antes de subirnós.

—No tengáis miedo, señor Tirabeque, le dijo Mr. Arban; yo os daré el para-caidas que traigo aquí para tales casos; invencion maravillosa del célebre aeronauta Mr. Garnerin, con el cual podeis descender sin riesgo y sin cuidado.

—Buen provecho le haga á vd., señor Arban, su para-caidas, y úsele si así le acomoda, que yo si fuera para-no-caidas, animárame acaso á tomarle, pero sinó *niquaquam.*»

La disputa se iba formalizando, y yo me convencí de que donde quiera que se encuentren dos ó tres hombres juntos, aunque sea en los aires, ha de haber choques de intereses, riñas y altercados, y que en todas partes la caridad bien ó mal ordenada principia por sí mismo. Temiendo estuve ya que Tirabeque hiciera una travesura con Mr. Arban, cuando por fortuna vino á cortar la discordia una ráfaga de aire que

nos elevó á una gran altura, que fué desde donde comenzamos á ver las cosas mas curiosas de que tenemos que dar cuenta. Conócese solo cuando se asciende en la mayor pequenez y lontananza en que se van representando los objetos. Por lo demas el movimiento es apenas perceptible. Así se explica que á los que por un golpe de fortuna suben muy altos, les parezcan todos los demas hombres muy chiquitos, aunque si se pusieran al nivel levantarán estos sobre ellos todo lo que ocupa el cerebro.

CAPITULO III.

DE LO QUE VIERON FR. GERUNDIO Y TIRABEQUE DESDE LA
MAYOR ALTURA Á QUE SE ELEVARON.

La tarde estaba despejada, apacible y hermosa. Todo menguaba en la tierra al paso que nosotros nos remontábamos. Las montañas y los riscos semejaban las arterias y los huesos de un gran cuerpo. Los ríos parecían raudales de lágrimas que fluían de sus ojos. Contemplaba yo como todas aquellas lágrimas confluían en el mar, por una especie de sistema de centralización, al modo que las lágrimas y los sudores de los pueblos confluyen ahora todos en el insondable oceano del ministerio de Hacienda. ¡Si al menos, decía para mí, el mar y el tesoro público hicieran despues una justa retribucion de estas aguas! Pero yo no puedo conformarme con este sistema de centralizacion, cuando veo que mientras el mar está rebosando, hay paises

que han visto secarse sus manantiales para enviárselos á él , y se pasan años enteros sin que el mar les retribuya una gota de agua , al mismo tiempo que sobre otros llueve superabundantemente hasta llenarse sus campos de maleza y de vicio.

No puedo conformarme con este sistema de centralizacion , cuando veo que el tesoro público deja secarse á los mismos que le envian sus lágrimas , á los mismos con cuyos sudores se acrece , sin retribuirles una gota de agua que los refresque y consuele , al propio tiempo que sobre los que están á las orillas del tesoro cae en abundancia el nutritivo maná, y se desgaja á torrentes el rocío del Cielo , siendo lo peor que cae las mas veces en tierra cenagosa, incapaz tal vez de producir sino maleza y vicio, y acaso acaso ponzoñosa yerba.

Por lo demas es un espectáculo verdaderamente grandioso abarcar bajo un punto de vista y contemplar de lo alto los mares , los rios, las montañas, los valles , las poblaciones y los campos de cultivo. La España me parecia entonces un mapa en relieve. Los bosques semejaban albahacas plantadas en tiestos. Los jardines aparecian como pequeños ramilletes de

flores, y los valles se representaban como surcos arados en una gran posesion.

—¿Qué te parece de este golpe de vista, Pelegrin? le dije á mi lego.

—Magnífico, señor mi amo, me respondió, si no fuera que voy sintiendo frio.

—No hagas caso, le repliqué, será efecto de la rarefaccion del aire.

—Será de cualquier cosa, señor, pero yo me voy enfriando.

—¿Y bien, no ves el mar?

—Si señor, aquel debe ser.

—Veamos dónde apuntas. Calla, simple, aquellas son las llanuras de la Mancha, que en efecto por su planicie, por su desnudez y su despoblacion, se asemejan bastante al mar á lo lejos. Estiende mas tu visual por ese horizonte. ¿Ves allá al remate de las desigualdades de la tierra una superficie plana, interrumpida solo por unos puntitos cuasi imperceptibles?

—Si señor.

—Pues bien, aquel es el mar, y los puntitos son los buques que surcan sus aguas.

—Contentárame yo, mi amo, para pasarlo toda mi vida como un papatache allá en la tierra, si Dios me deja volver, con el valor del

contrabando que traerán aquellos buquecitos. Porque segun lo que circula por allá abajo, no parece sino que los mares no nos traen ya otra cosa, sin que esto sea decir que no haya mucha vigilancia, que en esto quédese la fama de cada uno en su buen lugar. ¿Y quién sabe si aquellos mismos carruages que veo cruzar por los caminos, y que se me antojan desde aquí como juguetitos de niños.....

—Esos carruages, Pelegrin, probablemente conducirán representantes de la nacion que vendrán á las córtes un poco rezagados. Y por la prisa que traen deben venir ansiosos de hacer la felicidad del pais.

—No señor, si vienen de prisa serán ministeriales, que les parecerá que llegan tarde al repartimiento de la gracia de Dios. Y tampoco estrañaré que alguno de ellos venga resuelto á hacer una oposicion rabiosa, y á los ocho dias, ó antes si espera haber peligro de empleo, le veamos convertido en manso cordero ministerial, obediente á la voz del pastor. Pero estos son casos comunes, mi amo, y no hay para qué detenernos en ellos. ¡Señor, qué frio hace! ¿A cuántas leguas estaremos de la tierra? ¿Estaremos á diez mil leguas?»

Oyó Mr. Arban la pregunta y se rió grandemente de la ignorancia de mi lego.

—En primer lugar, le dijo, la masa de aire atmosférico que rodea la tierra, no pasa de 15 á 16 leguas de altura, y sin aire no podríamos respirar.

—Pues á esa altura siquiera, replicó Tirabique, querria yo que nos subiéra vd.

—Tampoco eso es posible, añadió Mr. Arban. Porque en llegando á cierta altura, la columna de aire, habiendo disminuido mucho, no ejerce ya una presión suficiente sobre el cuerpo del hombre para mantener en equilibrio los fluidos elásticos de su mismo cuerpo, y entonces sobreviene la hemorragia, brota la sangre por ojos y narices, y aun por todos los poros, y puede muy bien sobrevenir la muerte. Esto fué lo que le sucedió á Mad. Blanchard en Turin en 1812. Y sin que creamos las exageradas relaciones de Garnerin y de Robertson, que al fin solo se elevaron á 3,000 toesas, el mismo Dupuis-Delcourt que se burla de ellas, afirma haber experimentado hinchársele el rostro, pronunciársele fuertemente las venas como si quisiesen reventar, una expansión extraordinaria en todos los fluidos y partes blandas del cuerpo, y otros efectos singulares, parte de los cuales he sentido yo mismo

á veces cuando me he remontado á una elevación algo excesiva.

—Siendo eso así, señor Arban, replicó Tirabeque, suplico á vd. que haga porque no subamos de aquí ni un palmo, porque no tengo gana de morir de morragia. Lo que yo quisiera ya únicamente era no tener tanto frio.

—Pues bien, dijo Arban, buscarémos una capa con que os pueda ir mejor.»

Hizo el aeronauta una maniobra en el globo y aunque el movimiento que sentí fué muy suave, conocí que habíamos variado de punto y andado algo.

—Y bien, ¿cómo os sentis ahora? preguntó Mr. Arban.

—Poco mas ó menos, respondió Tirabeque. Lo que me hacia mucha falta era la capa.

—La capa ya la hemos hallado, repuso Arban y no ha sido poca fortuna.

—¿Y dónde está, preguntó Tirabeque, que yo no la veo?

—No la veréis, pero la sentiréis, repuso Mr. Arban.

—Por mi ánima, replicó Tirabeque, que ni la veo ni la siento, y aun mas agradecería yo sentirla que verla.

—¿No sentis, volvió á preguntar aquél, una nueva y diferente capa de aire?

—¡Ah! exclamó Pelegrin con acento triste: ¿con que es capa de aire? Yo habia creido que era capa de paño, que es lo que apetecia. Así abrigo ella, como de aire que es, y no muy espeso.»

Por compasion hube de cederle el abrigo que llevábamos de prevencion, con lo cual se sintió mas reanimado; y entonces comenzó á decir:

—Ahora si que me siento bien, mi amo; parece que hasta se me ha despejado la vista; no puede vd. figurarse lo lejos que veo; veo hasta Méjico.

—¡Hasta Méjico, hombre! Mira, Pelegrin, no vengas tú á remedar al simplon de Sancho Panza cuando subió en Clavileño, que contaba haberse remontado hasta palmo y medio del cielo, y haberse entretenido en jugar con las siete Cabrillas, ó al buen don Simplicio Bobadilla el de la Pata de Cabra en su relacion de lo que habia visto en la luna.

—Dejémonos, señor, de Simplicios y de Sanchos, que toda comparacion es odiosa. Y nada contaré yo que no sea verdad. Digo, pues, que

veo desde aquí á Méjico: por mas señas que observo á los mejicanos muy tristes.

—Eso último deberá ser exacto, Pelegrin, aunque tú no lo veas. Figúrate tú cómo estarán los pobres habitantes de la antigua capital del imperio de Motezuma, de la rica colonia española despues, manantial inagotable de donde corrían rios de plata que venían á la metrópoli convertidos en gruesas barras ó en acuñados pesos fuertes; figúrate, digo, cómo estarán los habitantes de la que hace poco era capital de una república y estado independiente, al verse ahora con el ejército anglo-americano dentro de sus muros, como un verdadero ejército conquistador, despues de haber muerto á cuatro ó cinco mil mejicanos que defendían valerosamente su ciudad. Figúrate cuál será el llanto de tantas familias huérfanas, cuál la desolacion de todo el pueblo al ver perdida su patria y su nacionalidad, presa de ese mónstruo insaciable del Nuevo-Mundo, de la república de la Union. En esto viene á parar, Pelegrin, un pueblo que se debilita y desangra con prolongadas discórdias civiles, y esta es la ley que domina así en el Mundo Nuevo como en el Viejo, la del mas fuerte. Los Estados-Unidos acabarán, sino hay

quien los contenga en su carrera de usurpaciones, por absorberse todos los estados americanos.

Entretanto ¿qué ha hecho nuestra España, que hubiera podido recobrar mucha parte de su influencia en aquella antigua colonia, si hubiera sabido aprovechar las buenas disposiciones de muchos mejicanos en favor de la vieja metrópoli?

—Señor, ¿y qué han hecho entretanto esa Inglaterra y esa Francia, que la echan de poner en paz á todo el mundo?

—No sé, Pelegrin, si le pondrán en paz ó en guerra. En fin, tú que ves tanto, podrás ver mejor que yo lo que hacen la Inglaterra y la Francia, que al fin las tenemos mas cerca; y bueno será que te aproximes un poco á Europa, y no te me vayas tan lejos; y sobre todo no me aprietes tanto, que me vas á echar al suelo.

—Señor, ahora voy á mirar hácia Europa. Pero antes, ya que vd. ha hablado de los pesos fuertes que venían á España, hágame vd. el favor del anteojo, que quiero ver si los duros españoles se nos han subido acá hácia las estrellas, porque lo que es allá abajo no parece ya uno para un remedio.

—Escusas de molestarte, Pelegrin, porque es una materia que como tiene tanta gravedad específica, no puede elevarse á estas regiones: por eso los ricos tienen tanta dificultad para subir al cielo, porque el peso los llama hácia el centro de la tierra, donde ya sabes lo que hay segun la doctrina cristiana.

—Señor, acaso por eso me pesa á mi tanto una moneda que traigo en el bolsillo.»

Y echando mano sacó un Luis Felipe de cinco francos, nuevecito, de este año, que parecia acabado de sacar de la fábrica de Madrid; y digo de Madrid, porque al paso que vamos, no será estraño que se adopte el cuño y busto de la moneda francesa; y en verdad, puesto que no corre otra, escusado era hacerla venir de tan lejos.»

Sorprendido me quedé, yo Fr. Gerundio, al ver á Tirabeque arrojar la moneda á la tierra diciendo: «Por un Luis Felipe no me he de condenar yo.» Le pregunté la razon de aquel acto de *arrojo* y de *desprendimiento*, y me respondió:

—Señor, como vd. me ha dicho que el peso del metálico llama hácia el centro de la tierra, donde creo yo que está el infierno, y como supongo que si me desplomára de estas alturas no pararía mi cuerpo hasta el centro de la tierra,

si no iba algunas leguas mas allá, he querido aligerar de ese *peso* la balanza esta en que vamos, porque mire vd. que, aunque parezca que no, he conocido que un Luis Felipe pesa mucho en la balanza.

—Así lo creo, pero en viniendo á tierra se acabó el peso de la balanza. Por esa parte has hecho bien, Pelegrin. Y ya que de monedas se trata, mira hácia el lado de Inglaterra, y dime si ves muchos schelines y muchas libras esterlinas.

—El caso es, mi amo, que aunque las vea no las conoceré.

—Puedes estar seguro de que no las verás, porque la Inglaterra está sufriendo una crisis monetaria espantosa, como que á ella se atribuyen las derrotas que sucesivamente ha experimentado la diplomacia inglesa en Oriente, en Nápoles, en Cerdeña, en Suiza, en España y en Argel.

—Señor, yo poco entiendo de achaque de diplomacias, pero antójaseme que no será todo crisis monetaria, sino que tengo para mí que ese lor Parmesto ha de tener mas de lo fanfarrón que de lo diplomático.

—De eso no puedes juzgar tú, Pelegrin, aunque acaso no vas descaminado. Pero dicen los

que aun fían en la Inglaterra, que si su estado monetario y mercantil fuera otro, otra fuera tambien la suerte de los liberales de España, de Italia, de Suiza, y de otras partes del mundo.

—Pues paréceme, mi amo, y vd. perdone si digo algun disparate, que los de Portugal no tienen gran cosa que agradecer á los señores ingleses. Y lo que yo veo desde aquí, y ya me parecía ver lo mismo desde la tierra, es que mientras el señor Parmesto gasta el tiempo en echar roncas, el señor Guizot echa príncipes á España y fusiles á Suiza, y que la Francia vá metiendo el cuerpo en todas partes, y que cuando el uno vá, el otro viene ya de vuelta; por lo que tengo para mí que estos ingleses de ahora ya no son aquellos ingleses de otros tiempos que decían que veían tanto, y que hacían tanto, y que podían tanto.....

—Señores, interrumpió Mr. Arban; ¿no sentís cierta influencia de...

—Señor Arban, exclamó precipitadamente Tirabeque: ¿quiere vd. que riñamos? ¿Con influencias me viene vd. cuando estoy hablando de la Inglaterra y de la Francia? Tenga vd. entendido, y se lo digo á vd. muy alto, á muchísimas varas

de altura, que detesto las unas y las otras, y que si no fuera mirando....

—Acaso no ha querido hablarte Mr. Arban en ese sentido, Pelegrin, le dije yo.

—Ciertamente, repuso Mr. Arban; quería yo hablar de la sensacion que produce la humedad de aquellos rios que tenemos á la derecha.

—Pues otra vez, replicó Tirabeque, use vd. otra palabra, aunque quiera decir lo mismo, porque á la palabra *influencia* la voy teniendo yo un poco de tirria.»

Siempre estaba temiendo, yo Fr. Gerundio, algun choque entre Tirabeque y Mr. Arban, mas por alguna imprudencia de aquel, que por motivos que éste diera, que no daba ninguno. Y así procuraba al instante interponer mi mediacion pacífica. «¡Si al menos, decia yo para mí, si al menos fuera una mediacion pacífica y desinteresada como esta la que el Austria y la Francia pretenden egercer en la Suiza!» Y dirigiendo hácia aquel desgraciado país el anteojo, y pareciéndome divisar las cumbres de sus altísimas montañas, no pude menos de exclamar en alta voz:

—¡Pobre Helvecia! La sangre de tus hijos volverá á inundar tus valles, porque los hermanos vuelven á pelear con los hermanos.

Gracias puedes dar á esas naciones poderosas, á esa Austria y á esa Rusia, y lo que es mas extraño, á esa Francia, que en vez de interponer su influjo y mediacion para que termináran pacíficamente las discordias y partidos que dividen tus cantones, acaso los han avivado á la guerra, acaso han armado á los unos contra los otros para que se devoren entre sí, y acaso tienen ya concertado los despojos que ha de repartirse cada una. Esta es la caridad de los fuertes hácia los débiles. Entretanto la Prusia calla, la Inglaterra ni habla ni obra, y Pio IX no ha pronunciado la palabra que se esperaba de su boca. Los hijos de la Helvecia se degollarán entre sí, ¡y quién sabe si los jesuitas se gozarán de su triunfo!

—Señor, me decia Tirabeque, hágame vd. el favor de sacarme pronto de la Suiza, porque voy teniendo otra vez mucho frio.

—Pues bien, dirijámonos mas hácia el Mediodia. Veamos la Italia, que es país mas templado. Toma el antejo, y dime qué es lo que alcanzas á ver en aquellos países. Pónle mas á la derecha... ahí... tenle firme. ¿Ves ya la Italia?

—Si señor, pero la veo muy revuelta: veo como una polvareda muy grande.

— Eso no es extraño; es la polvareda que han levantado en toda la Italia las reformas liberales del Papa Pio IX. Reformas cuyo espíritu ha cundido y propagádose con la velocidad del relámpago por todos los estados de la península italiana, encontrando en unas partes apoyo y proteccion, en otras oposicion y resistencia, así en los príncipes como en los pueblos, poniéndolos en una especie de combustion, como es muy natural cuando las ideas nuevas, de mucho tiempo comprimidas, encuentran una mano que las ayude á romper las ligaduras de las viejas doctrinas que las sujetaban, las cuales pugnan á su vez por conservar á toda costa un predominio de que estaban en añeja posesion, y de que temen verse privadas. Y esto es natural, Pelegrin, en unos estados en que el principio del absolutismo y del derecho divino habia echado tan hondas y fuertes raices, que creia que ningun poder humano bastaria ya á arrancar. De aquí esa polvareda que se ha levantado no solo en los Estados Pontificios, sino en Toscana, en Módena, en Luca, en Cerdeña, en las dos Sicilias....

— Señor, encalabrinada veo la gente por allí.

— Y no dices mal, «encalabrinada,» Tirabesque; porque precisamente en la Calabria es don-

de hasta ahora ha hecho mas víctimas esta lucha, ó por mejor decir, las ha hecho el rey de Nápoles, que á fuerza de sangre y de suplicios ha querido ahogar la voz de los liberales calabreses, que no pedian sino las mismas reformas que se están haciendo en otros puntos de Italia. Pero las ideas, Pelegrin, ya están sembradas en el pueblo, y ellas brotarán, y el rey de las Dos Sicilias debe temer que un dia broten con mas lozanía por lo mismo que las ha regado con sangre.

—Señor, ahora tengo los puntos puestos enfrente de la misma Roma. Yo no lo conoceria si no fuera que me he tropezado con el mismísimo Santo Padre, á quien ya conozco por el retrato, y que se me ha presentado aquí via recta del antejo. ¡Válgame Dios, mi amo, y qué campechano está y qué bueno!

Y comenzó á cantar Tirabeque con entusiasmo una de las estrofas de un Himno á Pio IX que habia aprendido en castellano.

Salve, salve, Pontifice augusto,
Sacra joya del gran Capitolio,
Tú conjuras el mal desde el sòlio,
La piedad redimiendo y la union.

Por tí brillan hermosos destellos
De esperanza que el mundo bendice;
Ya no solo la Italia felice,
Todo el mundo te rinde ovacion.

Y luego añadió de su cosecha: «Dios te bendiga y te tenga de su mano, que has necesitado mas valor para emprender la marcha que has emprendido, que Napoleon para dar las batallas de Marilengo y de Terliz, y mas que nosotros para subir á estas eminencias. Guárdete Dios, Pontífice mio, de una mala voluntad y de un pocillo de lo de Caracas hecho por mala mano. Sigue impertérrito en tu noble marcha, y házme el favor de echarme tu bendicion y de absolverme de algunos reservados, que casi es lo único que me falta en estas alturas para subirme derecho al cielo.

—Verdaderamente, Pelegrin, que necesita el Pontífice Pio IX de un valor cívico y de una perseverancia á toda prueba para seguir inalterable en la carrera de las reformas que con tanta gloria suya ha iniciado, teniendo que luchar con tantas contrariedades y con tan poderosos elementos como fuera y dentro de su país se han levantado y se conjurarán todavía contra él. Pero esto mismo, junto con la singularidad de ser el jefe de la iglesia el que espontáneamente ha enarbolado sobre la cúpula del Vaticano el estandarte de las reformas religiosas y políticas, le dará el primer lugar entre los hom-

bres grandes del siglo, si, como es de esperar y de desear, prosigue su gloriosa marcha con la madurez y el aplomo que se necesita para no dejarse envolver por un lado en las asechanzas de los enemigos, y para no dejarse arrastrar por otro á exageradas y peligrosas innovaciones. Por lo demas, si grande es el pensamiento de hacer que la Italia vaya saliendo de vergonzosas tutelas, y recobrando el rango que debe ocupar entre las naciones de Europa, mayor es aun y mas digno del gefe de la cristiandad hacer ver al mundo que lejos de oponerse la verdadera religion á la libertad racional y justa de los pueblos, deben por el contrario marchar unidas y hermanadas, como lo estuvieron en los primeros y mejores tiempos del cristianismo. Y aun por esta misma razon, Pelegrin, no encontrára yo tan grande al sumo Pontífice, si no viera que á la ilustracion del reformador político reúne la virtud del varon apostólico. Esto es lo que hallo de mas grande en él.

—Señor, ahora me confirmo en que los hombres que ví antes tan pequeñitos, lo eran así en la realidad, y que no consistia en la distancia; y la prueba de ello es, que estando como estamos ahora mucho mas altos y Roma mucho mas

distante que Madrid, todavía encuentro muy grande al señor Pio IX. Lo cual me da á entender dos cosas, que el antejo este es muy bueno, y que los hombres que son verdaderamente grandes lo son á cualquier distancia que se los mire, y que yo tambien sé mirar y veo bien, que es lo tercero.

—Una observacion me ocurre, Pelegrin hermano, siempre que se habla de Pio IX. Y es que tan franco y tan liberal como se muestra en sus relaciones diplomáticas, religiosas y políticas con otras naciones, tan retraido y mezquino parece mostrarse con la España, como lo prueban las renunciias semi-forzadas de los obispos electos, las exigencias de Monseñor Brunelli, y lo poco que se ha adelantado en nuestras negociaciones con Roma, por mas que otra cosa se diga en el discurso del trono que hemos leído. Que aunque mucho consista en la mala maña de nuestros negociadores, témome que Pio IX se equivoque tambien en la aplicacion de su política á la España, que es el pais en que la yerran todos los grandes hombres. Napoleon la erró en España, Luis Felipe tengo por cierto que la ha errado en España, y de Pio IX me temo mucho que la yerre en España

tambien. Y con esto dejémos ya á Roma y miremos hácia otro lado.

—Permítame vd. , señor, me dijo Tirabeque, porque ahora mismo en este mismo instante estoy viendo á un Pontífice despidiéndose del otro Pontífice.....

—¡ Cómo ! ¡ dos Pontífices ves ahora ! Eso no puede ser , Pelegrin , porque no puede haber mas que uno, y es que sin duda los ojos te van haciendo candelillas.

—Señor , estoy cierto de que veo dos Pontífices.

—Sobre que no puede ser , Pelegrin. Aunque eso no fuera una cosa tan constante y sabida , y aunque tú no sepas nada de gerarquías eclesiásticas, bastárate aquel adagio ó acertijo vulgar español que dice :

Ve el pastor en su cabaña
lo que el Rey no vé en España ,
ni el Pontífice en su silla ,
ni Dios con ser Dios lo verá en toda la vida.

Lo cual se trae para significar que un pastor puede ver desde su cabaña otro pastor, mientras Dios no puede ver otro Dios, porque no hay mas que uno, así como no puede haber

mas que un Rey en España y un Pontífice en la cristiandad.

—Señor, eso será segun y conforme. En cuanto á Dios, reconozco como buen cristiano que no hay ni puede haber sino un solo Dios verdadero. En cuanto al Rey de España, tambien debe ser cierto; aunque si como dice Rey dijera Reina, tal ocasion podrá haber en que haya en España dos Reinas y no se sepa cual de ellas es la que gobierna y manda. Y en lo que toca á lo del Pontífice, me ratifico y confirmo en que estoy viendo dos á un tiempo en Roma.

—Bien, pues dime cuáles son. El uno es el Papa Pio IX: ¿y el otro?

—El otro, mi amo, es el que llaman el Pontífice Puritano, es decir, la Santidad del señor Pacheco, que con motivo de haberle relevado el gobierno del cargo de Embajador en Roma que le dió el otro gobierno hace un mes, se está despidiendo del otro Pontífice para volver á España. De manera, mi amo, que este Pontífice no ha podido calentar la silla pontifical en que tanto deseaba sentarse. Y yo tengo para mí que el gobierno ha hecho bien, porque dos Pontífices á un tiempo en Roma era

una anomalía , y debía ser contra los cánones.

—Satírico estás hoy, Pelegrin, y lo peor es que no tengo que replicarte. A la verdad ha sido bien breve el Pontificado del señor Pacheco, y bien puede aplicarse á sí mismo aquello de: *Sic transit gloria mundi*. La iglesia puritana se ha quedado, pues, sin representante en la capital del orbe cristiano. Solo le quedan algunos cardenales.

—Y diga vd., mi amo, y vd. perdone, porque yo no lo entiendo. ¿Eso del puritanismo, es doctrina cristiana, ó es un cisma?

—Por cismáticos los tiene la congregacion de donde han salido, però yo no lo sé. Lo único que puedo decirte es que nunca se ha visto peor tratada la iglesia que durante el Pontificado de los Puritanos, porque en su tiempo ni las iglesias ni los eclesiásticos han percibido un solo maravedí, cosa que no habia sucedido en tiempo de los que ellos tenían casi por hereges.»

En esto nos anunció Mr. Arban que siendo ya tarde y aproximándose la noche, era menester tratar de ir descendiendo. Así lo reconocí tambien, yo Fr. Gerundio. Tirabeque, á pesar del frio, decia que de buena gana pasaria la noche por aquellas alturas á ver si por casualidad

venía una oleada de aire que de un empujoncillo nos plantára en la luna.

—Porque tendria yo mucho gusto, añadía, en tratar á los habitantes de la luna, y ver si por allá hay mas sinceridad y buena fé que en la tierra, si hay menos farsa política y mas patriotismo, diputados que hagan mas y hablen menos, ministros que hagan algo menos para sí y algo mas para el pueblo; en una palabra, mi amo, á ver si en la luna encontraba mejores hombres y mejor gobierno que en la tierra.

—Suponiendo, Pelegrin, le dije yo, que hubiera habitantes en la luna, creo que serian poco menos que los de la tierra, porque el mal no está en el planeta que se habita, sino en los hombres mismos.

—Pues yo pienso, mi amo, que hay cosas que las dá la tierra. Y así como la tierra de España, por egemplo, dá los toros mas bravos que se conocen en el mundo, así no verá vd. que dé hombres que sepan gobernar ni hombres que se dejen gobernar tampoco. Y desengañese vd., que es que no lo dá el terron.

—No te hagas ilusiones, Pelegrin, que estoy cierto que lo mismo hallarias á los lunícolas que á los terrícolas.

—Señor, mala señal es esa de que unos y otros acaben en colas. Y así me resigno á no ver las colas de los habitantes de la luna. Y vamos bajando, pero con tiento, señor Arban, cuidado me llamo, que en el modo de bajar está todo el *busilis.*»

Abrió Mr. Arban la válvula para dar salida al hidrógeno; y la pluma, aun antes que el barómetro, doblándose su extremo hácia arriba con la presión del fluido inferior, comenzó á indicarnos que descendíamos, aunque muy lentamente.

CAPITULO IV.

COMO BAJARON FR. GERUNDIO Y TIRABEQUE EN EL GLOBO,
Y LO QUE VIERON EN EL CAMINO.

El sol declinaba magestuosamente hácia su ocaso, y de nuestra vista iban desapareciendo los mares. El movimiento de la barquilla era imperceptible para nosotros; no es posible que haya un movimiento mas parecido á la inmovilidad. Continuaba el mismo silencio y la misma melancolía.

Una chanzoneta de Tirabeque vino á interrumpir uno y otra. Dirigiéndose á Mr. Arban, le dijo: «Vd. disimule, señor Arban, con el aturdimiento se me olvidó traer un cepillo para limpiar á vd. el polvo que cogiera en el camino; pero si vd. gusta le sacudiré.» Reímonos Arban y yo de la ocurrencia; y en verdad no sé cómo el frio dejaba humor á Tirabeque para bromitas, porque estábamos todavía á cero.

Como ya no velamos mas que la España, le

dije á mi lego: «Tiende, Pelegrin, la vista y el anteojo hácia las mas apartadas cordilleras de nuestro país, y dime si ves algo.» Hízolo así Tirabeque, y me dijo:

—Señor, aquellas deben ser las montañas de Cataluña. Lo conozco por las muchas chimeneas de vapor que veo en ellas, y que no tiene duda deberán ser de las fábricas. Lo que no veo es el humo.

—Aunque le arrojárán no le verias. Cuanto mas que la mayor parte de ellas ó casi todas estarán paradas, ó no irán, como dicen los catalanes. Ni puede ser otra cosa mientras haya por allí facciosos.

—Fáltame á mí saber, señor mi amo, si las fábricas no andan porque andan los facciosos, ó los facciosos andan porque no andan las fábricas. Y aun inclínome yo á esto último, sin mas que por lo que oía yo decir allá á los catalanes. «Desengañese el gobierno, que la faccion no se acaba á fuerza de batallones; proporcione ocupacion para estos brazos, y la faccion se concluirá por sí misma.» Y de aquí saque vd. las consecuencias. Y debe ser esto así, porque yo estoy viendo todo el país plagado de batallones y columnas volantes....

—Encárgote, Pelegrin, que no veas mas de lo que puedes ver, y que no faltes siquiera á la verosimilitud. ¿Cómo es posible que veas desde aquí esos batallones y esas columnas?

—Señor, si no los veo, á lo menos á mí representánsese tan al vivo como si los viera, y esto basta.

—Y dime, Pelegrin; ¿á la parte de Navarra ves algo?..... Por San Francisco, hombre, si estás dirigiendo el anteojo hácia el medio-día, ¿cómo has de ver la Navarra, que está al norte?

—¿Y dónde es el norte, mi amo? Haga vd. el favor de señalármelo con el dedo.... Estoy, estoy, no se moleste vd. mas.... Si señor, veo algo, y aun algos. Por entre unas montañas, que deberán ser los Pirinéos, están pasando unos oficiales carlistas, que por las trazas deben ser de graduacion.

—Veo, Pelegrin, ó que te se antojan los dedos huéspedes, ó que me dices no lo que ves sino lo que te viene á las mientes. ¿Cómo es posible de modo alguno, por mucho que alargue ese anteojo y por lince que tú seas, que veas los gefes carlistas que pasan de Francia á España por los Pirinéos, cuando no los vé la poli-

cia francesa teniendo que pasarla por delante de las barbas, como se suele decir?

—Yo le diré á vd., señor; eso debe consistir en que la policía francesa de un tiempo á esta parte y con las humedades del otoño padece de fluxion de ojos, y se le ha puesto la vista muy gorda.»

En esto el sol iba trasponiendo el horizonte y ocultándose entre unas ráfagas de nubes de un fuego rojizo. Hacia la tierra ya no habia mas que crepúsculo, pero á nosotros aun nos alcanzaban los rayos del sol. El frio era menos intenso; en lo que se conocia que íbamos descendiendo, y que habíamos entrado en otra atmósfera mas templada.

Antes que la noche estendiera sus negras alas sobre la tierra, quise yo Fr. Gerundio echar una ojeada hácia el suelo. Otra vez se distinguian ya las poblaciones. Parecíame la España un gran lecho en que reposaban los pueblos como fatigados, y aun como postrados, bien así como si los hubieran castigado mucho y no deseáran ya sino que los dejáran descansar en paz. Acaso se me representaban así, porque como los contemplaba á aquella distancia, no advertia en ellos movimiento ni animacion: eran

como el cuerpo de un hombre echado en un surco.

Como nunca habia abarcado de un golpe de vista tanto terreno y tanto espacio, dábame lástima ver un suelo tan feraz y tan rico, casi en el estado de la naturaleza, sin canales de riego ni de navegacion, sin caminos transversales ni medios de trasporte; fertilísimas campiñas sin una casa de recreo, llanuras inmensas sin una poblacion, rios sin barcos, y saltos de agua sin fábricas ni otro aprovechamiento, á parte de algunas cortísimas escepciones. Pero en cambio, decia yo, hay en las poblaciones muchos empleados y muchos mas que quieren serlo: en cambio si se sembráran estos campos de las fajas, entorchados, títulos y cruces que andan de sobra, no habria local en el mundo donde recoger tanta cosecha.

La noche se nos iba viniendo encima, y en el semblante de Tirabeque comenzó á anochecer antes que en ninguna otra parte: tan mústio y cetrino se puso al ver que nos iba faltando la luz. No lo estrañé ciertamente: la oscuridad añadida al silencio en las vastas soledades del aire á mí me imponia tambien; y es menester experimentarlo para tener idea de la melancolía

que inspira semejante situación. Al paso que la naturaleza se nos iba ocultando, aparecían acá y allá lucecitas que semejaban estrellas, y nos indicaban las poblaciones. Estas luces se iban multiplicando bajo nuestros pies, como si quisiesen rivalizar con las que tachonaban ya la bóveda celeste. O era mi deseo, ó me pareció que la España estaba muy poco alumbrada todavía, porque á decir verdad, espacios inmensos quedaban á oscuras.

—Por amor de Dios, señor Arban, decía Tirabeque, por amor de Dios le ruego á vd. que procure bajar con mucho tiento, no vayamos á caer de un golpe de estado en altas horas de la noche como el ministerio Salamanca. Mire vd. que ahora las noches son muy peligrosas. No sea vd. un Narvaez para nosotros por amor de Dios, señor Arban.

—¿Qué es esto, Pelegrin? le decía yo. ¿En esto ha venido á parar tanta valentía como antes mostrabas, y aquella arrogancia de querer pasar la noche en el aire con ínfulas de escalar el cielo?

—Señor, ya veo que no es lo mismo hablar de la guerra que verse en medio de una batalla. Además ya sabe vd. que siempre amé la luz: y

como yo, pobre de mi, no tengo ni siquiera una mala contrata de tabacos que hacer en secreto y á favor de la oscuridad, no quiero las tinieblas para nada. ¿Y dónde iremos á parar con nuestros huesos, señor?

—¿Qué mas querria yo que poderlo saber, Pelegrin? Tal vez vayamos á parar á Tarancon al palacio de los Duques de Rianzares; tal vez caigamos en los célebres campos de Ardoz, que son los dos puntos hácia donde parece que nos llevan los aires que corren. ¿Y quién sabe si estamos ahora mismo perpendiculares sobre alguno de ellos? Porque en este caos que nos rodea no es fácil determinar dónde estamos; así como es muy posible que aunque estemos sobre cualquiera de esos puntos, venga otra ráfaga de aire que nos lleve donde menos lo pensemos. Tal es la suerte y la incertidumbre del que marcha á merced del variable viento, ó como quien dice, de una ventolera.

—Señor, sentiria caer sobre cualquiera de los dos puntos que vd. ha citado, porque me dá el corazon que ha de correr por allí un aire norte muy peligroso; y esto no lo estrañe vd. porque cada uno tiene sus aprensiones. ¡Valgame Dios mi amo, añadió, y que triste es la noche!

—Lo es, le respondí, para el que está en una posición incierta y vacilante como nosotros; pero no lo es, antes sí muy alegre, para los que están en situación de gozar de los espectáculos y festines que se dan en ella. De otro modo pensarías si como estás en el aire y á oscuras, te encontrarías en una de esas brillantes soirées de palacio en que mientras los pueblos yacen fatigados, los que los gobiernan bailan divertidos.»

En esto llegó hasta nosotros el sonido de una campana. Es inesplicable la sensación que al oírlo experimentamos. El sonido lúgubre del metal aumentaba por una parte la melancolía de aquellos desiertos tenebrosos, mientras por otra bañaba nuestros corazones de una alegría inefable, con la idea de que no estábamos lejos de la tierra ni distantes de alguna población. Esto nos reanimó mucho. Tirabeque me decía: «Señor, mas me anima y consuela el sonido de esta campana que si oyera otra vez la que allá en otros tiempos me llamaba á coro.» Y luego se puso á rezar un Padre Nuestro y un Ave-María para que Dios nos deparara una caída feliz.

Por último, mas práctico y conecedor Mr. Arban que nosotros, nos anunció que nos fuéramos preparando, pues deberíamos estar ya muy

cerca de tierra; que iba á abrir otra vez la válvula para dar nueva salida al gas, y que no tardaría en echar el áncora.

—Pues por amor de Dios, repito á vd., señor Arban, que haga por ir bajando con mucho pulso, porque en el modo de caer ha de estar todo el intríngulis. Mire vd. que yo ya soy cojo de una pierna, y no me falta mas que la segunda parte para quedar como los retratos de medio cuerpo. Y una vez que estamos ya próximos á caer, vd. que ha sido aquí nuestro presidente nómbrame vd. siquiera teniente general, ó ya que eso no le parezca á vd. bien por no ser de mi carrera, hágame vd. Conde de los Aires-Libres y Marqués del Globo, que esto ya es una gracia comun, y un titulillo ó dos cualquiera los lleva, ó por lo menos Consejero Real, que se va haciendo el panteon de honor de los caídos. En cuanto á cruces no quiero ninguna, que ya todo el mundo sabe que tan lego sería con cruz como sin ella. Pero esto de bajar sin agarrar algo, crea vd. firmemente, señor Arban, que no está ya en uso, y hasta nos llamarían tontos en la tierra. Y por lo que hace á las disputillas que hemos tenido allá arriba, todo eso debe olvidarse cuando se trata de caer, y tenerse por no pasado, y

no debe ser impedimento ni motivo para que deje vd. de agraciarme con alguna de esas friolerillas. Observe vd. sinó lo que pasa acá en nuestra tierra de España, que riñen dos ó tres ministros cuando están arriba, y pelean sobre quién ha de derribar al otro, como á nosotros nos ha sucedido, pero cuando llega el caso que el uno cae, que regularmente es el que antes ayudó á subir al otro, ya se sabe y es de ordenanza que al caído se le ha de hacer, para que le sirva de consuelo en su desgracia, Teniente ó Capitan general, ó Duque de algo, ó por lo menos Embajador. Con que así, señor Arban, puesto que vd. está ahora en España, donde quiera que fueres haz como vieres, y no digo mas aunque pudiera, y ya me habrá vd. comprendido por poco que entienda el castellano,»

Celebramos no poco Mr. Arban y yo el original discurso de mi lego, y su no menos extravagante pretension. Pero como nada nos costaba el complacerle y darle gusto, tuvimos la humorada, á propuesta mia, de conferirle el título de Conde de Aires-Libres y Marqués del Globo, que fué lo que me pareció mas acomodado á un lego, por no exigir conocimientos especiales en ningun ramo. Y ¡oh miseria humana!

este lego al parecer tan desengañado y despreciador de los vanos títulos, sin conocer que aquello no podía pasar de una broma, lo tomó por lo serio y se le traslucía la vanidad aun al través de las sombras de la noche.

A poco nos avisó Mr. Arban que iba á echar el áncora. Y en efecto dió principio á su manobra, advirtiéndonos que nos tuviéramos firmes, porque en estos momentos solia haber mas oscilacion y á veces mas riesgo, y mas cuando no se veía bien el terreno en que íbamos á atracar. Tirabeque y yo nos agarramos cada cual de una de las cuerdas del globo, y por primera vez sostuvieron Fr. Gerundio y su lego distinta cuerda. Ya se conocia que este era Marqués, aunque fuera de burlillas.

—Ténte, Pelegrin, que te bamboléas, le dije: mira no te desvanezcas con el humillo que has recibido.»

Por fortuna nuestro inteligente aeronauta acertó á afianzar bien el áncora en tierra; hubo algunos bamboléos, en uno de los cuales se dió Tirabeque un ligero coscorron contra una piedra divisoria que habia en un ribazo ó lindero bastante alto, y sin otra novedad tocó la barquilla en terreno duro, y saltamos á tierra.

Seguro es que nuestra alegría de vernos en tierra firme igualó á la del navegante que despues de una larga y peligrosa travesía, en que ha tenido que luchar con todo género de borrascas y temporales, arriba al fin al apetecido puerto. Nosotros no habiamos sufrido borrascas, pero la alegría de volver á pisar la madre tierra fué grande. Miramos nuestros relojes á la luz de un fósforo, y por el de Mr. Arban eran las siete, por el mio las siete y diez minutos, y por el de Tirabeque, que tambien gasta su cronómetro calderáico, eran las ocho menos cinco. Dímosle broma sobre lo adelantado de su hora, y él nos respondió :

—Señores, en primer lugar los relojes son como las opiniones políticas, que nunca marchan acordes, y lo que esto podrá probar en un caso será que yo voy mas avanzado que vds., y no sabemos quién irá mejor: en segundo lugar esto podrá consistir en que la máquina de mi reloj debe ser mas delicada y mas fina que las de los de vds., en cuanto le ha hecho mas impresion el aire fino de la atmófera que hemos atravesado.»

La salida era ingeniosa y nos hizo reir.

Ignorábamos el sitio en que nos hallábamos,

y no sabíamos qué rumbo ó direccion tomar. Por donde quiera nos rodeaban barrancos y zanjas: no andábamos un paso sin tropezar, y hubiéramos dado cualquier cosa porque se nos apareciese un guía. En tal situacion para animar á Mr. Arban le decía yo:

—No tenga vd. cuidado, que en España estamos, y si en situaciones materiales como esta no nos hemos visto, en situaciones políticas muy semejantes nos hemos hallado muchas veces, y nos hallamos cada dia, y cuando mas desesperados estamos no viendo salida racional posible, la Providencia nos saca de ellas por la vía menos pensada.

—Si señor, añadía Tirabeque, la Providencia en España es lo mas caprichoso que vd. puede figurarse. A cada paso nos está apretando en términos, que parece que no falta un trís para ahogarnos, y luego cuando menos y por donde menos nadie lo podría discurrir ni esperar, nos envía un respirillo, y así vamos viviendo. Sin estos caprichos de la Providencia nos hubiéramos añuscado ya mil veces. Con que no hay que desconfiar, señor Arban, que de otros pantanos peores hemos salido.»

Al decir esto, Tirabeque aplicó el oído como

para escuchar algun ruido confuso y lejano, y exclamó con alborozo: «Guía tenemos, señores, algun pastor hay no lejos de aquí.

—¿Le has sentido tú? le pregunté.

—No señor, pero he oído cencerros, y donde suenan cencerros ha de haber cabras ú ovejas, y donde hay ovejas ha de haber pastor, que no es de suponer que esté el rebaño sin pastor como han estado tanto tiempo las iglesias de España, y donde hay pastor ha de haber un guía para nosotros.»

Tirabeque habia hecho una argumentacion de inducciones con la precision y exactitud del mejor dialéctico. En su virtud nos encaminamos hácia donde él aseguraba haber sentido el ruido. Tropezando aquí, hociendo allí, cayendo acá y levantando allá, como quien anda á oscuras y fuera de carril, y á guisa de ministerio que marcha fuera de la ley, llegamos donde ya todos oimos clara y distintamente ruido de ganado, que era verdad el que nos habia anunciado mi lego.

—¡Pastor! gritó éste desplegando todo el lleno de su voz.

Pero á su grito respondieron los perros con ladridos estrepitosos.

—¡Aquí de mi merienda, mi amo! esclamó con apesadumbrado acento Pelegrin. Porque á los perros ladradores no hay como el cebo para amansarlos y hacerlos á la mano. Cierta clase de oposiciones, mi amo, de sobra sé yo cómo se acallan.»

Al fin la voz del pastor y nuestras caricias nos los fueron haciendo amigos, y Tirabeque entonces volvió á gritar:

—¡Pastor! no tenga vd. miedo, que no somos ladrones; somos tres hombres de bien que hemos bajado del cielo hace un rato, y ahora no sabemos por dónde andamos ni en qué punto de la tierra hemos caído.

—¿Son sus mercedes, aunque sea mala pregunta, nos dijo el pastor acercándose á nosotros, unos que andaban esta tarde volando por junto á las nubes debajo de una cosa redonda?

—Los mismos, le contestamos todos tres. ¿Se servirá vd. decirnos dónde nos hallamos?

—Si señor, nos respondió, están sus señorías en el campo de Valdemoro; cerquita de aquí está la villa, como cosa de medio cuarto de legua. Si sus señorías gustan, les pondré en la vereda.

—Déjese vd. de tratamientos en el campo,

buen hombre, dijo Tirabeque echándola de título con mucha formalidad.»

Y despues de un breve razonamiento, convinimos en que el mismo pastor iria al pueblo, cuidando nosotros entretanto del ganado, y nos traeria acémilas y conductores que nos llevarán á Madrid, juntamente con el globo y barquilla que habíamos dejado en el punto de nuestro descenso.

Hizose todo así; y no habiendo ocurrido ya circunstancia notable y digna de referirse, nos limitaremos á decir que llegamos ya muy tarde á Madrid, y que Mr. Arban se fué á su alojamiento y nosotros á nuestra celda, mas asendereados del viage por tierra que de la navegacion por los aires, pero satisfechos de nuestra expedicion.

Trabajo me ha costado hacer renunciar á Tirabeque al título de Conde de Aires-Libres y Marqués del Globo. En vano le hacia ver que ni aquello habia pasado de una broma, ni él podia ser nunca sino un pobre lego, ni merecia el título por ninguna razon, puesto que no habia hecho sino dejarse llevar bajo la direccion de otro.

—Señor, me replicaba á todo esto, si todos los

que son legos y no pueden ya ser otra cosa, y todos los que no lo merecen, lo habian de renunciar, veriamos cuántos títulos de Castilla quedaban. Quanto mas que yo he hecho una accion gloriosa que no la hacen todos, y títulos hay, y no pocos, que se han dado por lo que hace cualquiera.»

Al fin he podido convencerle, aunque con trabajo, y se ha resignado ya á ser Pelegrin Tirabeque á secas como era antes.

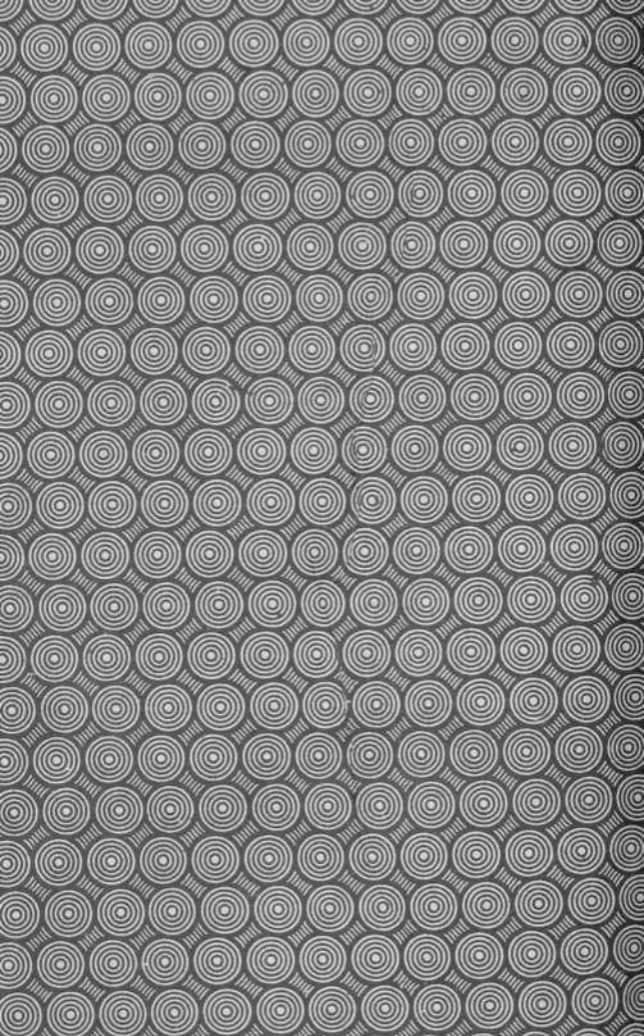
Por lo demas tan complacido ha quedado de su espedicion aérea, que lo que temo es no se me eche otra vez á volar si se le depara otra buena coyuntura.

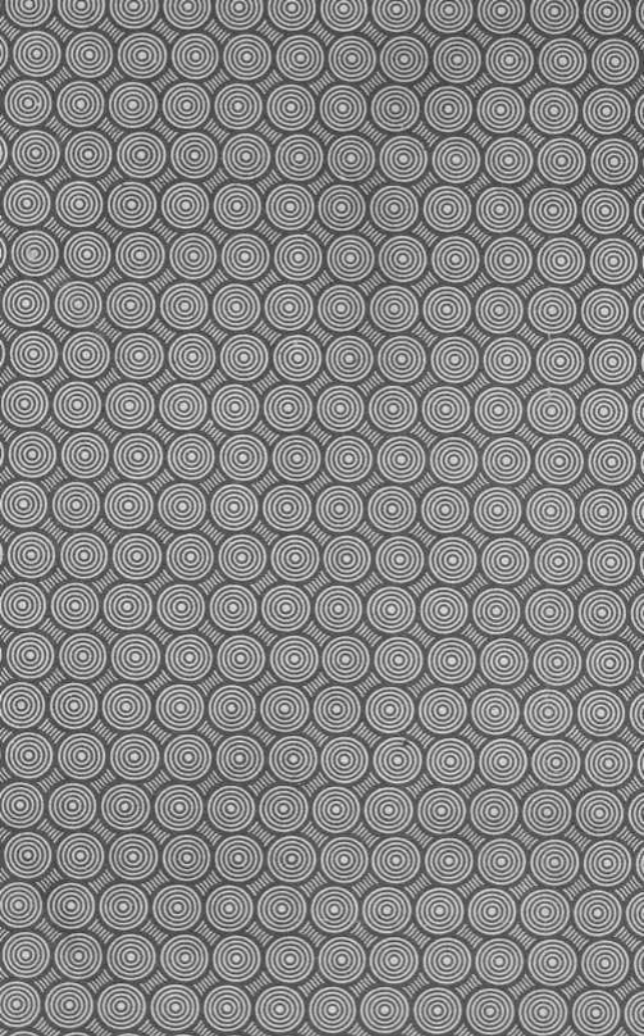
En cuanto á mí, Fr. Gerundio, ni que suba ni que baje, jamás hay alteracion. Fr. Gerundio siempre el mismo.



son los que se piden ya en otra cosa, y
los que no lo merecen, lo habian de no-
dejar, y veriamos otros titulos de Castilla
algunos. Quanto mas que yo he hecho una ne-
cesidad que no la hacen todos, y titulos
y no pocos, que se han dado, por lo que
se acordaron, y se acordaron, y se acordaron.
Al fin he podido conseguirla, aunque con
dijo, y se ha conseguido ya a ser Polignac, y
para a esas cosas antes.
Por lo demas tan compungido de que habia de
expedicion de las, que lo que se me es, no se
puede otra vez a volar si se lo depara otra
un conyuntura, y se lo depara y se lo depara.
En cambio a mi, Fr. Gerónimo, ni que sabe
que dije, jamás hay alteracion. Fr. Gerónimo
quiere el mismo.











J. W. GERUNY



VIAGRO

ANTROSTATICO



MADRID



1847

G
32373

